

INTENCIONALIDAD Y FILOSOFÍA ANALÍTICA. BRENTANO (Y LA FENOMENOLOGÍA) VS CHISHOLM

INTENTIONALITY AND ANALYTIC PHILOSOPHY. BRENTANO (AND PHENOMENOLOGY) VS CHISHOLM

LUIS NIEL

Universidad Nacional del Litoral, Conicet, Argentina

Resumen

El artículo se centra en el concepto de intencionalidad y consta de cuatro partes. En la primera se analizan los dos períodos de la teoría de la intencionalidad de Brentano: uno psicológico-descriptivo, centrado en la comprensión de la intencionalidad en términos de fenómenos mentales, y otro ontológico dirigido al estudio del estatuto del objeto de la intencionalidad. La segunda parte funciona como una introducción a la teoría de la intencionalidad de Chisholm: primero, con relación al contexto intelectual general en la filosofía analítica de la época y, segundo, con respecto a la influencia decisiva de dos pensadores: Russell y Carnap. En la tercera parte se expone la teoría lógico-lingüística de la intencionalidad de Chisholm, entendida a partir del concepto de actitud proposicional y de criterios semánticos para definir la intencionalidad (con s). Por último, se presentarán algunos de los múltiples problemas que surgen con dicha versión de la intencionalidad, en particular la identificación errónea y puramente homofónica entre intencionalidad (con c) e intencionalidad (con s).

Palabras clave: Intencionalidad, Brentano, Chisholm, Actitudes Proposicionales, Intencionalidad.

Abstract

The article focuses on the concept of intentionality and has four parts. In the first one, I will analyze the two periods of Brentano's theory of intentionality: one based on descriptive psychology, in which intentionality is understood in terms of mental phenomena, and the other centered around ontological issues on the status of the object of intentionality. The second part works as an introduction to Chisholm's theory of intentionality: first, by briefly addressing the general intellectual context of analytic philosophy at his time and, second, regarding the decisive influence of two philosophers on his thought: Russell and Carnap. In the third part, I will exhibit Chisholm's logico-linguistic theory of intentionality, understood as based on the concept of propositional attitude and on the semantic criteria for defining intentionality (with-an-s). Finally, I will present some of the several problems caused by this account of intentionality, in particular, the misleading and purely homophonic identification between intentionality (with-a-t) and intentionality (with-an-s).

Keywords: Intentionality, Brentano, Chisholm, Propositional Attitudes, Intentionality.

Introducción

Los fenomenólogos, en especial aquellos que seguimos a Husserl y que rastreamos sus bases en la obra de Brentano, en algún sentido nos sentimos los representantes del concepto de intencionalidad. Dicho convencimiento encuentra su fundamento en que Brentano fue quien, de hecho, introdujo el concepto de intencionalidad en la filosofía contemporánea y que fue luego Husserl quien extendió el tema en el marco de sus múltiples análisis intencionales y terminó así por consolidar una doctrina de la intencionalidad que, sin dudas, es más compleja y va mucho más allá que la vieja teoría de su maestro.

Ahora, si observamos las publicaciones de las últimas décadas, nos encontramos con otra realidad: no sólo que la intencionalidad es uno de los temas más trabajados en la *philosophy of mind* de la filosofía analítica, sino que la cantidad de publicaciones y de diferentes teorías en torno a dicho concepto supera con creces –algo que se podría precisar con datos estadísticos– el número de publicaciones sobre la intencionalidad en la fenomenología en el mismo período de tiempo. Desde que Roderick Chisholm (y, en un sentido análogo pero secundario, Elizabeth Anscombe, Peter Geach y Gustav Bergmann) introdujera dicho concepto en la filosofía analítica en la década del 50, las investigaciones sobre la intencionalidad no dejaron de crecer exponencialmente. Por mencionar sólo a las figuras más representativas, nos encontramos con diversas posiciones que van desde el rechazo naturalista de Quine (cf. Quine 1960, pp. 220-221) a versiones algo singulares como las de Dennett (cf. Dennett 1987, pp. 17, 46), Fodor (cf. Fodor 1987, p. x) y Dretske (cf. Dretske 1980, p. 354) hasta ciertas teorías de la intencionalidad, como las de John Searle (cf. Searle 1983) y de Tim Crane (Crane 2013 y 2014), que son las que quizás más se acercan a las versiones brentaniana y husserliana de la intencionalidad. Por supuesto, además de estos grandes referentes, aparecen numerosas teorías y subteorías de figuras de menos renombre. En cualquier caso, es ciertamente un *factum* que, desde los años 50 hasta la actualidad, la intencionalidad pasó a ser un tópico central en la filosofía analítica y un tema mucho más trabajado en esta tradición filosófica que en las diversas variantes de la fenomenológica.

En virtud de lo dicho, es difícil encontrar una única definición del concepto de intencionalidad. En el mundo anglosajón se la suele definir como la *aboutness of the mind*, es decir, la mente está constituida por algunas experiencias (o estados, en términos analíticos) que son *sobre algo*. Con una ligera variación, también se estila definirla como la *directedness of the mind*, es decir, la mente se dirige hacia algo distinto de ella. En un sentido más cercano a Husserl, podríamos decir que se trata de la ‘conciencia de’ (algo). A modo genérico, se podría decir que, *mutatis mutandis*, estas definiciones son aceptadas por la mayoría de las posiciones.

*

Dada la diversidad y heterogeneidad de teorías sobre el tema (de uno y otro lado de la línea divisoria entre la escuela de Brentano / fenomenología y la filosofía analítica), en lo que sigue nos limitaremos a comparar y contrastar dos posiciones. Por un lado, tomaremos como punto de partida la teoría de la intencionalidad de Franz Brentano, en tanto éste fue quien introdujo el concepto de intencionalidad en la filosofía contemporánea (siglo

XIX). Considerando el espesor y la complejidad de dicho concepto en la obra de Husserl, sólo ocasionalmente se hará alguna referencia a su concepción fenomenológica de la intencionalidad. Además, en general, los filósofos analíticos (y en particular Chisholm) suelen tomar como referente de la intencionalidad a Brentano y no a Husserl.¹ Por otro lado, analizaremos la teoría de la intencionalidad de Roderick Chisholm, considerando que fue éste quien, en sentido histórico y presuntamente inspirado por la filosofía de Brentano, introdujo dicho concepto en la filosofía analítica. Si bien algunos autores encuentran referencias a la intencionalidad en filósofos anteriores a Chisholm², fue éste, sin dudas, quien “inició un debate que continúa hasta nuestros días” (Byrne 2006, p. 407).³ Sobre la base de una peculiar síntesis de conceptos tomados de Brentano, Russell y Carnap, Chisholm introdujo una ‘versión lógico-lingüística de la intencionalidad’ que podríamos denominar ‘intensionalista’ (cf. Lyons 1995, p. 17). En efecto, de Chisholm en adelante, fue un lugar común identificar intencionalidad e intensionalidad. Así, por ejemplo, Urmson sostiene con total naturalidad que son lo mismo (cf. Urmson 1968, p. 107), al igual que otros autores de la época (cf. Kenny 1963, p. 194, Heidelberger 1966, p. 569, Lycan 1969, p. 305). Para para continuarla o bien para cuestionarla, éste fue el punto de referencia (tácito) de la filosofía analítica hasta la actualidad.

*

El artículo consta de cuatro partes. La primera se centra en la obra de Brentano, en tanto inicio histórico (por supuesto, dejando de lado su tratamiento en la filosofía medieval) del estudio contemporáneo de la intencionalidad. Primero, se analizará la teoría de la ‘inexistencia intencional’ tal y como aparece en el primer tomo de su *Psychologie vom empirischen Standpunkt* (1874), en el marco de una perspectiva basada en la psicología

1. Si bien Chisholm no suele referirse a Husserl, en su principal artículo sobre Brentano, aquél reconoce la conexión entre ambos filósofos: “la ‘psicología descriptiva’ de Brentano y la ‘fenomenología’ de Husserl están estrechamente relacionadas” (Chisholm 1967b, p. 2).

2. Según Claude Romano, Wittgenstein inaugura el debate sobre la intencionalidad en unas lecciones de fines de los años 30 (cf. Romano 2010, p. 104). Aun cuando dicha referencia muestra algunos problemas relacionados con el tema, no hay en la obra de Wittgenstein nada cercano a una teoría de la intencionalidad. Por ello, Romano reconoce luego que fueron Chisholm y Quine quienes comenzaron a entender la intencionalidad (con c) en términos de intensionalidad (con s) (cf. Romano 2010, p. 116 ss.). Para facilitar la lectura, evitaremos, salvo en casos en que pueda haber alguna ambigüedad, la aclaración en paréntesis ‘(con c)’ y ‘(con s)’ y nos referiremos directamente a los términos ‘intencionalidad’ e ‘intensionalidad’.

3. Jaegwon Kim, uno de los principales discípulos de Chisholm, afirma que: “[f]ue Chisholm quien, en sus trabajos tempranos de la década del 50, introdujo el problema de la intencionalidad en el mainstream de la filosofía anglo-americana” (Kim 1997, p. 361). Y, en otro trabajo, agrega: “fue el trabajo seminal de Chisholm, desarrollado en los años 50 y 60, el que introdujo la *Problematik* de la intencionalidad en la filosofía analítica, constituyéndola como un área de investigación central en la filosofía de la mente y del lenguaje (...) Nuestro uso actual de ‘intencional’ e ‘intencionalidad’ se derivan de y están en continuidad con la obra temprana de Chisholm” (Kim 2003, p. 650). Otros también señalan que, gracias a la obra de Chisholm, “de los años 70 en adelante, la atención filosófica a la intencionalidad solamente se ha incrementado [por supuesto, en la filosofía analítica (LN)]. Hay esfuerzos para explicar cómo es posible la intencionalidad, cómo naturalizarla, cómo encontrar su lugar en la naturaleza y conectarla con el orden causal” (Sanford 1997, p. 202).

descriptiva y en la percepción interna, y en cuyo marco entiende la intencionalidad en términos de una relación de dos términos entre los fenómenos psíquicos (o mentales) y un objeto inmanente. Segundo, se presentará lacónicamente el llamado ‘giro reista’ de Brentano (que va desde comienzos del siglo XX hasta su muerte), en el cual Brentano interpreta la intencionalidad desde una perspectiva más centrada en cuestiones ontológicas (es decir, no ya en torno a la psicológica descriptiva), con un fuerte hincapié en señalar que el objeto de la intencionalidad no es otro que el objeto real, no inmanente. Así, mostraremos que Brentano comienza a entender la intencionalidad en tanto dirección de la mente de un solo término, que puede o no tener un objeto.

La segunda parte tiene como intención contextualizar histórica y conceptualmente la obra de Chisholm, para una comprensión más cabal de su teoría de la intencionalidad. Primero, se presentará el entorno filosófico general en el que se formó Chisholm que, si bien estaba marcado conceptualmente por el *linguistic turn*, mostraba ya un incipiente interés por la filosofía de la mente. Segundo, nos centraremos en algunos conceptos centrales de dos pensadores que –por supuesto, además de Brentano– tuvieron una influencia decisiva en la formación de la teoría de la intencionalidad de Chisholm: la concepción general de la mente en términos de lenguaje y creencias, así como, y muy especialmente, el concepto de actitud proposicional de Bertrand Russell, y el par extensión/intencionalidad de la semántica Rudolf Carnap.

La tercera parte aborda la teoría de la intencionalidad de Chisholm tal y como aparece en sus escritos de los años 50 y 60. Dicha limitación temporal tiene dos motivos: por un lado, en escritos posteriores, Chisholm modificará su teoría de la intencionalidad, tema que no podemos abordar aquí, y, por otro lado, como mencionamos arriba, es su teoría de los años 50 y 60 la que marcará el punto de partida y marco general de comprensión de las futuras teorías analíticas de la intencionalidad. En este contexto, analizaremos el modo en el que Chisholm asimila cada una de los conceptos tomados de Brentano, Russell y Carnap y los incorpora a su teoría. Pese a que Chisholm entiende que su teoría es una “versión lingüística de la tesis de Brentano” (Chisholm 1956, p. 147) o que la misma está “re-expresando la tesis de Brentano” (Chisholm 1957, p. 172), por momentos aminorada dicha actitud, a partir de afirmaciones tales como la de intentar “formular una tesis que se parezca a la de Brentano, refiriéndose al lenguaje intencional” (Chisholm 1956, p. 129; el subrayado es mío). Así, veremos que su teoría de la intencionalidad muestra una suerte de tensión ínsita a la misma, que oscila entre dos polos: por un lado, su apropiación y reinterpretación de la teoría de Brentano (probablemente sincera), según la cual lo mental prima por sobre lo lingüístico⁴, y, por otro lado, su versión de la lingüística de la intencio-

4. Es innegable que Chisholm al menos *crea* que en su teoría de la intencionalidad hay una primacía de lo mental sobre lo lingüístico, como sostiene explícitamente en la primera carta de su conocido debate epistolar con Wilfrid Sellars, en donde afirma que “debemos explicar las características intencionales del lenguaje” sobre la base de las “creencias y otras actitudes psicológicas” y no al revés (Sellars/Chisholm 1957, p. 521; todas las cartas son de 1956). Por el contrario, y quizás más acorde con el nivel en que efectivamente se mueve dicho debate, Sellars entiende que la intencionalidad es un metalenguaje con el que hablamos epistémicamente del lenguaje (cf. Sellars/Chisholm 1957, p. 522).

nalidad que, siguiendo los cánones del *linguistic turn*, presenta una ostensible primacía de lo lingüístico por sobre lo mental. Como mostraremos, Chisholm se termina inclinando por esta segunda opción.⁵

En la cuarta y última parte, se examinarán algunos de los puntos más problemáticos de la teoría de Chisholm y su ‘traducción’ (o interpretación) lógico-lingüística de la intencionalidad, es decir, la interpretación de un fenómeno mental como la intencionalidad a partir de los términos de una gramática lógica que es la de las actitudes proposicionales⁶, que se expresa en enunciados de un lenguaje llamado intencional, que además ocultan una ‘confusión’ entre intencionalidad e intensionalidad, generada por dicha versión lógico-lingüística. A modo de cierre, se evaluará el alcance y algunas consecuencias del ‘encorsetamiento’ que supone interpretar un fenómeno mental como la intencionalidad a una dimensión lógico-lingüística o semántica, que la reduce a lo que se puede expresar en ‘enunciados intencionales’.

1. Brentano y la intencionalidad: del inmanentismo al reísmo

1.1. Brentano (1): la psicología descriptiva y la ‘inexistencia intencional’⁷

Quizás el principal aporte del gran filósofo alemán, Franz Brentano, fue haber reintroducido el concepto medieval de intencionalidad en la filosofía del siglo XIX. Si bien se pueden rastrear algunos antecedentes de dicho concepto en su obra más temprana⁸, su principal aparición es en el primer tomo de su *Psychologie vom empirischen Standpunkt* de 1874, en especial en el archicitado pasaje sobre la ‘inexistencia intencional’, cuya oscuridad dio lugar a múltiples interpretaciones.

Para comprender el sentido de dicho pasaje (que citaremos a continuación), primero debe entenderse el contexto en el que aparece. En la mentada obra, Brentano introduce su método de *psicología empírica* o *descriptiva*, que se diferencia de otros métodos psicológicos de la época, como, por ejemplo, el de la psicología *experimental* de Wundt. Como bien señala Titchener en un artículo de 1921 (cf. Titchener 1921, pp. 109-112, 115, 118, 120), si bien Brentano y Wundt coincidían en algunos aspectos, v.g., entender

5. Por lo dicho, no concuerdo con ciertas interpretaciones que entienden que la teoría de la intencionalidad de Chisholm presenta una primacía de lo mental por sobre lo lingüístico (cf. Boccaccini, F., “Introduction”, en Boccaccini 2014, p. 3). Considero más acertadas otras lecturas como la de Dewalque, quien reconoce que, al menos en la primera obra de Chisholm, “la intensionalidad (con s) es un *marcador lógico-lingüístico* de la intencionalidad (con c)” (Dewalque 2014, p. 46, n.1).

6. Si bien Chisholm reemplaza la caracterización de ‘actitud *proposicional*’ por la de ‘actitud *psicológica*’ o ‘*intencional*’, como veremos, se trata de un mero desplazamiento de términos que no modifican el contenido del concepto.

7. La caracterización de ‘Brentano (1)’ y ‘Brentano (2)’ es una mera simplificación heurística. Como suele suceder con todos los filósofos, si se observa con la lupa el recorrido de su obra, suelen aparecer matices que, por lo general, aparece un desarrollo paulatino de conceptos que demandan una periodización más precisa.

8. Presento dicha interpretación en Niel 2019/2020.

la psicología como ciencia que describe fenómenos, utilizar un método empírico y así científico, etc., hay puntos de profundo desacuerdo entre ambos psicólogos. La psicología de Wundt tenía un vínculo mucho más estrecho con la fisiología; de hecho, psicología y fisiología no sólo eran disciplinas necesariamente complementarias, sino que entre ambas sólo había una diferencia de perspectiva, en tanto la primera ofrecía una mirada interna de la mente, mientras que la segunda una mirada externa. Además, su psicología realizaba auténticos experimentos y, por ello, era más ‘experimental’ que ‘empírica’. Por último, que es lo que más nos interesa, Wundt proponía el método de la *introspección* en tanto observación interna que debía describir hechos observables y comprobables en auténticos experimentos. Por su parte, Brentano rechazaba dicho método, por considerarlo una mirada ‘objetivante’ que desdibuja la experiencia mental y proponía la *percepción interna* como método sustituto de aquél. Esta última puede entenderse, grosso modo, como una suerte de percatarse (casi indirectamente) de las propias vivencias; sobre esta base, se realiza luego una descripción que podríamos denominar ‘pre-fenomenológica’ de la experiencia (cf. Brentano 1874, pp. 1, 14). En otras palabras, mientras que la introspección en tanto observación interna implicaba una disminución o destrucción de lo que se pretendía describir, la percepción interna consistía en un auténtico ‘darse cuenta’ de la propia vida mental, como un mirar de modo indirecto y ‘con el rabillo del ojo’ la propia mente.⁹

Sobre la base de lo dado en la percepción interna, Brentano sostenía que esto debía complementarse con una intuición ideal, en una suerte de fenomenología eidética *avant la lettre*.¹⁰ Así, afirma Brentano:

Mi punto de vista en la psicología es el empírico: para mí sólo vale la experiencia en tanto guía [...], pero comparto con otros la convicción de que una cierta intuición ideal es perfectamente compatible con dicho punto de vista [...]. La *psicología genética* [que es complementaria y secundaria con relación a la psicología descriptiva o exacta] intenta señalar las condiciones que se enlazan causalmente con las apariciones singulares (Brentano 1874, p. 1).

Es menester mencionar aquí que, para Brentano, dicha investigación psicológico-científica es al mismo tiempo filosófica, marcando así una continuidad entre ciencia y filosofía, como afirma su conocida cuarta tesis de Habilitación: “Vera philosophiae methodus nulla alia nisi scientiae naturalis est” (*Die 25 Habilitationsthesen* (1866), en Brentano 1929, p. 136).

El objeto de estudio de dicha psicología empírica son los fenómenos psíquicos (o mentales) que aparecen en la percepción interna. Para llegar a éstos, Brentano parte de una distinción –no con gran claridad conceptual– entre fenómenos físicos y los mentados fenómenos psíquicos. Simplificando ligeramente la distinción, se puede decir que los primeros son aquellos fenómenos relacionados con la sensación, es decir, con todas las

9. Si bien su lectura de Brentano es en por momentos adecuada, Lyons termina entendiendo que su concepto de percepción interna es sólo una versión más de la introspección, propia del siglo XVII (cf. Lyons 1986, p. 4).

10. Pese a las críticas hacia su maestro, Husserl reconoce la influencia de Brentano en estos puntos, como afirma en el § 10 de *Ideen* III.

afecciones físicas en mi aparato sensitivo, pero que no implican una dirección a un objeto (cf. Brentano 1874, pp. 100-101, 112), mientras que los segundos son aquellos fenómenos que contienen en sí un objeto. La distinción es muy sutil y, por momentos, difícil de delinear. De hecho, muchos de los ejemplos que da Brentano de fenómenos físicos coinciden con los ejemplos de fenómenos psíquicos, como, por ejemplo, el caso de ver un paisaje (cf. Brentano 1874, p. 112). Se trata así de una cuestión de perspectiva: si dirigimos nuestra mirada sólo a la afección puramente sensorial en mi cuerpo, entonces estamos en presencia de un fenómeno físico, pero si estamos en presencia de una vivencia que se dirige a un objeto que aparece en mi mente, entonces debemos hablar de un fenómeno psíquico o mental. Así, mientras que los fenómenos psíquicos contienen *en sí* un objeto que es inmanente, los fenómenos físicos sólo pueden considerarse como meras afecciones (sin ser objeto) o algo que sentimos. En efecto, Brentano utiliza en este contexto el término *Empfindung*. En cualquier caso, no debemos —como hacen algunos— identificar apresuradamente fenómeno físico y objeto físico, pues, como indica la palabra, se trata de fenómenos y, además, como la psicología descriptiva nos circunscribe metodológicamente a la mente, nada podemos afirmar del mundo exterior. De hecho, en este período de su pensamiento, Brentano tiene una posición muy crítica sobre la percepción externa a la que, jugando con el lenguaje alemán, denomina *Falsch-nehmung* en oposición a la *Wahr-nehmung*.

Una vez aclarada distinción entre estos dos tipos de fenómenos, Brentano se enfoca en el auténtico objeto de su psicología, i.e., los fenómenos psíquicos, y distingue tres tipos: las presentaciones (*Vorstellungen*),¹¹ los juicios y las actividades del ánimo (amor y odio). Una de sus tesis fundamentales —cuya relevancia se verá al final del artículo— es que las presentaciones son la base de los demás fenómenos psíquicos, es decir, no puede haber un juicio o una reacción del ánimo sin una presentación (cf. Brentano 1874, p. 120). ¿Qué es una presentación? Nos dice Brentano: “entiendo por presentación no aquello que es presentado, sino el acto del presentar (*Akt des Vorstellens*) [...]; por presentación no entendemos lo presentado (*das Vorgestellte*), sino el presentar (*das Vorstellen*)” (Brentano 1874, pp. 111-112). Así, la presentación no es una imagen del mundo, sino el acto a partir del cual algo aparece a la conciencia. En esta línea, Brentano afirma en el tomo II de su *Psychologie*: “Hablamos de presentar cuando algo nos aparece (*uns etwas erscheint*) [...]. [E]s imposible que la actividad del alma se relacione a algo que no pueda ser presentado” (Brentano 1911, 34). Así, dicha caracterización del fenómeno mental más básico y fundamental, en términos de hacer aparecer una cosa distinta de sí misma, nos remite directamente a lo que, a decir de Brentano, será la marca de lo mental: la intencionalidad.¹² Como indicamos arriba, a diferencia de los fenómenos físicos, los fenómenos psíquicos

11. Continúo aquí con la tendencia —ya aceptada en todo el mundo anglosajón— de traducir *Vorstellung* como ‘presentación’ y no como ‘representación’, considerando que este último término desdibuja el sentido que da Brentano a este concepto, que nada tiene que ver con una imagen mental que media entre la mente y el mundo, como sostienen algunas interpretaciones por lo general inspiradas por Heidegger.

12. Brentano suele hablar de ‘inexistencia intencional’ y sólo en contadas ocasiones utiliza el sustantivo ‘intencionalidad’. Por cuestiones prácticas, me referiré genéricamente a ‘intencionalidad’.

consisten en que son intencionales, es decir, se relacionan con un objeto. El célebre pasaje de Brentano, afirma lo siguiente:

Todo fenómeno psíquico se caracteriza por aquello que los escolásticos del medioevo denominaban inexistencia intencional (también mental) de un objeto, y que nosotros –aunque con términos no tan inequívocos– llamaríamos la relación a un contenido, la dirección a un objeto (y aquí no hay que entender una realidad (*Realität*)¹³), o la objetualidad inmanente (*inmanente Gegenständlichkeit*). Todo [fenómeno psíquico] contiene en sí algo en tanto objeto (*als Objekt*), pero no del mismo modo. En la presentación se presenta algo, en el juicio se acepta o se rechaza algo, en el amor se ama [algo], en el odio se odia [algo], en el deseo se desea [algo], etc.

Dicha inexistencia intencional es exclusivamente propia de los fenómenos psíquicos. Ningún fenómeno físico muestra algo similar. Por consiguiente, podemos definir los fenómenos psíquicos diciendo que son aquellos fenómenos que contienen intencionalmente un objeto en sí (Brentano 1874, pp. 124-125).

Muchas cosas pueden decirse de este complejo (y oscuro) pasaje. Nosotros nos concentraremos sólo en aquellas que resultan relevantes para contrastar la teoría de la intencionalidad de Brentano con la versión analítica de Chisholm. Primero, la intencionalidad es una característica exclusiva de los fenómenos mentales, en especial y fundamentalmente de las presentaciones. Segundo, la intencionalidad implica que dichos fenómenos mentales se relacionan siempre con un objeto.¹⁴ Tercero, el objeto intencional de las presentaciones no implica ningún tipo de existencia (externa), puesto que, primero, se trata de una mera ‘inexistencia intencional’, es decir, en el sentido locativo del prefijo *in-* en tanto ‘existir en’, i.e., inmanente a la mente, y, segundo, la existencia en tanto tal se da sólo en la dimensión del juicio que, en virtud de su forma existencial o tética (término de Anton Marty), que es la forma más elemental de juicio para Brentano, afirma (o niega) la existencia de algo. En esta fase de su pensamiento, ‘inexistencia intencional’ de un objeto sólo significa que el objeto de la presentación es inmanente a la conciencia (cf. Brentano 1911, pp. 8-9, nota 2). Si bien no podemos detenernos aquí en el tema, es indudable que en esta obra de Brentano hay un fuerte inmanentismo con ciertos rasgos cartesianos.¹⁵ Cuarto, en función de lo di-

13. A diferencia de sus escritos de madurez, en sus obras psicológicas, Brentano no suele detenerse en explicar cuestiones ontológicas. Por *Realität*, Brentano entiende aquí sólo algo individual particular, mientras que lo ‘irreal’ es aquello que es, pero no en el sentido de una cosa, como, por ejemplo, un universal o, justamente, un objeto intencional. Por otro lado, no debemos confundir el par real / irreal con el par existente / no-existente, pues este último tiene que ver con la dimensión posicional-existencial que introduce el juicio. Esto implica que algo puede ser real aun cuando no exista, como, por ejemplo, un número, un unicornio, etc. No obstante, como veremos, su posición ontológica no está exenta de problemas.

14. Como se puede observar en el pasaje citado, Brentano no distingue con precisión ‘objeto’ y ‘contenido’, distinción conceptual que será precisada por uno de sus discípulos, Kazimierz Twardowski (cf. mi análisis del tema en Niel 2019, Cap. 6).

15. Análisis dicho tema en Niel 2019/2020.

cho, el juicio puede sobrevenir (o no) a una presentación, es decir, no es condición de ésta, mientras que la presentación es *conditio sine qua non* para que pueda haber un juicio. Así, puedo (re)presentarme –por cuestiones de lenguaje, en este caso conviene hablar de ‘(re) presentación’– un cuadrado redondo sin por ello afirmar nada de su existencia, puesto que la presentación no implica en sí un juicio existencial. Sólo a partir del juicio y su carácter tético puedo decir que ‘los cuadrados redondos no existen’.¹⁶

A modo de síntesis, en esta fase de su pensamiento dedicada a las investigaciones psicológicas, el interés de Brentano se centra en la descripción de la mente –que no es otra cosa que el conjunto de fenómenos psíquicos– y, en especial, de las presentaciones, en tanto base de la vida psíquica. Así, en el marco de esta mirada puramente psicológica, ‘ser intencional’ equivale a afirmar que dichos fenómenos implican, contienen o se dirigen a (Brentano usa estos términos indistintamente) un objeto *in-existente*, sin dar demasiadas precisiones sobre el estatuto ontológico de dicho objeto.

1.2. Brentano (2): ontología, reísmo y el objeto de la intencionalidad

Brentano continuará con sus análisis psicológicos durante más de dos décadas. Pero, a principios del siglo XX, el filósofo alemán comenzará a plantear(se) algunas objeciones a su vieja teoría, en especial en lo que concierne a ciertas cuestiones ontológicas no debidamente tratadas, en el marco de una nueva posición que será llamada ‘giro reísta’. Es difícil plasmar en pocas palabras qué fue lo que llevó a Brentano a cuestionar (o incluso modificar) su antigua posición y en qué sentido y hasta qué punto hay un hilo conductor que, más allá de ciertas diferencias innegables, articule sus descripciones psicológicas de antaño con sus nuevas meditaciones ontológicas. Es muy probable que las críticas de algunos discípulos a su vieja teoría psicológica de la intencionalidad (en especial las de Twardowski, Meinong y Husserl), en particular en lo referente a cierta ambigüedad inherente a la noción de objeto intencional o inmanente, llevarán a su maestro a reevaluar algunas cuestiones. Además, considerando que Brentano tenía, de hecho, una sólida formación en filosofía clásica (en especial, en filosofía aristotélico-tomista), es entendible que se sintiera impelido a dar respuesta a ciertos ‘baches ontológicos’, señalados por las críticas de sus discípulos. Si bien dicha interpretación histórica es conjetural, las ocasionales referencias a sus discípulos darían cierta factibilidad a la misma.

Como señalo detenidamente en otra parte,¹⁷ el ‘giro’ de Brentano tiene que ver principalmente con un cambio de enfoque. Mientras que antaño su mirada se centraba en cuestiones sobre psicológica descriptiva, que no se detenía en las implicancias ontológicas que podría tener dicha teoría, en especial en lo que concierne a temas como la ‘naturaleza’ del objeto intencional, por su parte, su nuevo enfoque mostrará un interés explícito en brindar explicaciones ontológicas a estos temas irresueltos. En tal sentido, el giro ‘reísta’

16. De hecho, ésta es una de las tesis centrales de la teoría del objeto de Alexius Meinong (cf. Niel 2019, Cap. 7).

17. Cf. Niel 2019/2020.

es esencialmente un intento de dar respuestas ontológicas a problemas originados en el marco de su vieja teoría psicológica.

En general, los escritos de Brentano posteriores a 1900 suelen ser fragmentarios –muchos de ellos son cartas (en su mayoría dirigidas a Anton Marty)– y no siempre presentan la claridad conceptual que uno esperaría, sobre todo en relación al uso algo confuso de ciertos términos análogos, pero no equivalentes (como ‘cosa’, ‘real’, etc.). Pero Brentano es al menos consecuente en un punto: en mostrar que su nueva postura (‘reísta’) consiste en admitir ontológicamente sólo las cosas particulares y concretas. Así, nos dice en un sentido ontológico fuerte y con un contundente rechazo al concepto de ‘irreal’ –implicado tácitamente en su vieja teoría y que admitía desde las ficciones hasta los objetos intencionales– que sólo *es* lo real, es decir, “no hay nada más que aquello-que-es-real” (Brentano 1930, p. 79; texto de 1904). Y sobre la base de esta posición ontológica, Brentano relaciona su ontología reísta con su vieja tesis intencional –dejamos de lado aquí la pregunta por la plausibilidad de dicha conexión–, al sostener que los fenómenos psíquicos sólo tienen como objeto cosas reales, nuevamente, en un firme intento por desterrar conceptos tales como el de ‘objeto intencional’ en tanto entidad ‘irreal’. Esto le permite afirmar que: “sólo las cosas (*Dinge*), las cuales en su conjunto se encuentran bajo el concepto de lo real, dan un objeto para las relaciones psíquicas” (Brentano 1911, p. 162). La posición es clara y contundente en su negación de los *irrealia* y, más puntualmente, del objeto intencional en tanto entidad inmanente a la mente, como sostenía su vieja teoría.

Ahora, la hermenéutica de los textos de este período es algo compleja, pues Brentano parece oscilar entre reconocer que en su filosofía hay efectivamente un ‘giro’ y, por momentos, afirmar que, en realidad, su vieja teoría no fue correctamente entendida. Así, por un lado, nos dice que: “[u]na de las innovaciones más importantes es que ya no sostengo la opinión según la cual las relaciones mentales puedan tener como objeto (*zum Objekt*) algo distinto a aquello-que-es-real (*Reales*)” (Brentano 1911, 2), es decir, afirmando *eo ipso* que ahora rechaza su vieja idea de que la mente tiene un objeto intencional inmanente (que es irreal). Pero, por otro lado, asegura (en una carta de 1905) que:

[c]uando hablaba de ‘objeto inmanente’, agregaba la expresión ‘inmanente’ para evitar malentendidos, considerando que algunos llaman objeto a lo que reside fuera de la mente. En contraste con esto, hablaba del objeto de la presentación que correspondería a ésta [i.e., a la presentación], aun si no hubiese nada fuera de la mente. Pero *nunca fue mi opinión [afirmar] que el objeto inmanente es = [al] ‘objeto presentado’*. La presentación no tiene como objeto [la] ‘cosa presentada’, sino [que tiene como objeto] ‘la cosa’ (*das Ding*); así, por ejemplo, la presentación de un caballo [no tiene] como objeto (inmanente, i.e., el único objeto auténtico) el ‘caballo presentado’, sino el ‘caballo’ (Brentano 1930, 87-88, el subrayado es mío; cf. Brentano 1966, 119-20).

Es muy probable que dichas ‘oscilaciones’ (por llamarlas de algún modo) tengan como motivación un problema recurrente y muy tratado en el siglo XIX, en especial por sus discípulos: el de las representaciones sin objeto (Husserl que, a su vez, lo toma de Bolzano) o, desde la perspectiva opuesta, el de los objetos inexistentes (Twardowski, Meinong).

Entiéndase el problema: si la intencionalidad de la presentación tiene por objeto la cosa real y existente, ¿qué sucede cuando estamos en presencia de cosas que no existen, por ejemplo, cuando tenemos la presentación de una ficción –por mencionar sólo uno de los casos más simples–, es decir, como cuando hablamos de Santa Claus o de Superman? ¿Cuál sería el objeto ‘intencional’ en dichos casos? Como señalamos, la posición de Brentano no parece dar una respuesta definitiva a este tipo de casos problemáticos. Pero es aquí donde –más allá de la discusión de si hubo o no un giro (que sin dudas lo hubo) o si se trató simplemente de un malentendido de sus lectores– aparece lo que podría ser considerado la última palabra de Brentano con respecto a la intencionalidad, a la que entiende a partir de la doctrina aristotélica de los relativos: “Aquel-que-piensa es la única cosa que se requiere para [que haya] una relación (*Beziehung*) mental. El término de la así llamada relación (*Relation*) no tiene por qué ser dado en realidad. Por ello, es posible dudar sobre si aquí hay algo relativo, sino [algo] que, más bien, en un cierto sentido, es similar a un relativo que, por eso, podríamos denominar algo ‘similar-a-un-relativo’ (*etwas ‘Relativliches’*)” (Brentano 1911, 134).¹⁸

Sin pretender ser exhaustivos con esta fase de su pensamiento, ¿qué conclusión podemos sacar del sucinto análisis del ‘viejo Brentano’? Primero, que hay un claro interés por abordar cuestiones ontológicas –ausentes o relegadas a un segundo plano en sus investigaciones sobre psicología descriptiva–, que lo conducen a la formulación una ontología de lo real en el sentido de la cosa, posición que implica *ipso facto* que no tienen (más) cabida los *irrealia*. Segundo, se sigue de lo anterior que el objeto que presenta la presentación es la cosa (real, existente). Tercero, cuando el objeto de la presentación (como en los casos de Santa Claus o de Superman) no existe, sólo hay una presentación, es decir, un acto mental para el cual ‘no hay un objeto del otro lado’. En otras palabras, a diferencia de su vieja posición que concebía la intencionalidad como una relación de dos términos entre un fenómeno psíquico y un objeto inmanente, Brentano nos presenta ahora una interpretación de la intencionalidad en tanto relación (o cuasi relación, o ‘algo similar a un relativo’) de un solo término, en el marco de la cual sólo el acto mental de presentar debe existir, mientras que la cosa mentada intencionalmente por dicho acto puede existir o no. En este nuevo contexto, Brentano entiende la intencionalidad como la mera ‘dirección de la mente hacia’ (un objeto), que bien puede tener dos términos (en caso de que exista el objeto), pero que sigue funcionando como intencional aun cuando el objeto no exista y así estaríamos en presencia de una relación de un solo término.

18. En otra parte, cuestiono ciertas interpretaciones como las de Guillaume Fréchette, quien propone una división cuatripartita de niveles en la obra de Brentano: presentación, objeto inmanente, objeto presentado (o correlato) y cosa. Sin negar la muy probable exactitud hermenéutica de su interpretación, debemos reconocer que Brentano se enreda en una miríada de conceptos (real, objeto inmanente, objeto intencional, objeto presentado, existente, cosa, etc.), cuya definición no sólo no termina nunca de ser convincente, sino que además genera, tomando prestada la expresión de cuño analítico, una ontología excesivamente ‘inflacionaria’. Para más detalles, cf. Niel 2019/2020.

2. El contexto intelectual y las influencias filosóficas en la obra de Chisholm

Antes de comenzar con el análisis de la teoría de la intencionalidad de Chisholm, es pertinente presentar una breve descripción del contexto filosófico en el que surge su obra, así como, y en especial, de cuáles fueron los pensadores que más influyeron en su concepción de la intencionalidad. Esto nos permitirá entender mejor cómo, partiendo de la filosofía de Brentano, llega Chisholm a su peculiar versión lingüística de la intencionalidad.

2.1. El contexto intelectual de la filosofía analítica: filosofía del lenguaje y filosofía de la mente

El término *linguistic turn* –según Rorty, acuñado por Gustav Bergmann, pero, sin dudas, popularizado por aquél– define básicamente la filosofía analítica en tanto filosofía que se caracteriza por tematizar los problemas filosóficos a partir de un enfoque centrado metodológicamente en el lenguaje y, además, hacer del lenguaje el eje y tema principal de la filosofía. Si bien se puede poner en duda que Frege (e incluso Russell) sean auténticos filósofos del lenguaje, es innegable que, durante las primeras décadas del siglo XX, la gran mayoría de los temas abordados por esta tradición (que aún carecía de nombre) tenían que ver con el análisis lógico del lenguaje, sobre todo en el caso de Wittgenstein y del *Wiener Kreis*. De este modo, problemas de otra índole filosófica, como, por ejemplo, la psicología filosófica, la epistemología, etc., quedaron bajo la tutela del análisis del lenguaje, inevitable punto de referencia de la incipiente filosofía analítica.

En este contexto, la *philosophy of mind* no fue la excepción, al menos hasta la aparición del célebre *The Concept of Mind* (1949) de Gilbert Ryle, considerado por muchos el “documento fundante” de la filosofía de la mente (analítica) contemporánea (Flanagan 2005, p. 605), en donde se presenta una posición decididamente behaviorista de la mente y que, como consecuencia de este lineamiento teórico, la idea de una mirada ‘interna’ o ‘introspectiva’ de la conciencia, así como una presunta intencionalidad de la mente no tenían cabida alguna. En general, el rechazo a la ‘introspección’ en tanto término genérico y peyorativo para referirse a todo aquello que sea una filosofía descriptiva basada, por así decir, en lo dado en ‘primera persona’ (como, evidentemente, serían los casos de Brentano y Husserl), es un gesto que marca los comienzos de la filosofía de la mente analítica. En efecto, dicha obra fundacional de Ryle se popularizó y fundó oficialmente una tradición ‘no-dualista’, sobre la base del rechazo categórico de lo que Ryle denomina la “absurda doctrina oficial”, el “mito de Descartes” o el “*dogma of the Ghost in the machine*”, en clara alusión a toda posición que se funde en la introspección o en cualquiera de sus ‘variantes’ (Ryle 1949, pp. 11-23).¹⁹

19. Como bien señala Dennett en la Introducción a la edición de 2002 del libro de Ryle, este último, llamativamente, sólo menciona a Freud en este contexto, cuando en realidad la crítica no está dirigida al psicoanálisis, sino más bien a Brentano y a Husserl (cf. Dennett, Daniel, “Re-Introducing *The Concept of Mind*”, en Ryle 1949, p. ix). No debemos olvidar que Ryle, como prueban otros escritos y sus clases, conocía las obras de Brentano, Meinong y Husserl, a quienes, pese a sus marcadas diferencias metodológicas y

Pese a que Ryle consideraba que la introspección era la ‘doctrina oficial’ –que en realidad debería haber denominado ‘doctrina tradicional’, por su implícita referencia al ‘subjektivismo moderno’–, en su época, la auténtica ‘doctrina oficial’ en materia de psicología (y filosofía de la mente) era el behaviorismo, posición que, justamente, defendía Ryle y que, con variantes, será luego profundizada y popularizada principalmente por Quine, quien, vale agregar, también criticaba duramente a Brentano (cf. Quine 1960, pp. 219-221). Ahora, pese al rechazo a la introspección por ser un método poco confiable, Ryle admite cierta mirada interna a partir del concepto de ‘retrospección’, pero que, a diferencia de la introspección, se funda en un análisis no-cartesiano, sino behaviorista y lingüístico de las vivencias internas. Como señala correctamente Lyons, no debemos olvidar que Ryle considera que la filosofía es una actividad esencialmente basada en el lenguaje (cf. Lyons 1986, pp. 30-34).

Ahora, el rechazo de la filosofía analítica de la mente (y del behaviorismo psicológico en general) al concepto genérico de introspeccionismo, en tanto pieza de museo que debería pasar a ser parte de un manual de historia de la filosofía, es, al menos en relación a Brentano y a Husserl, una acusación infundada. Como mencionamos arriba, ambos filósofos, *mutatis mutandis*, también criticaban el introspeccionismo ingenuo a partir de un método de acceso a la experiencia basado en la percepción interna (cf. Titchener 1921; Lyons 1986, pp. 3-6) y en minuciosos análisis descriptivos de ‘lo dado’, que luego, en virtud del método de la intuición ideal de Brentano o de la variación eidética de Husserl, tendrán valor ideal o eidético y, *eo ipso*, científico. Pero pese a esta sutil pero significativa diferencia, el ‘giro behaviorista’ de la primera mitad del siglo XX intentará reemplazar y eliminar cualquier método que se acerque así sea ligeramente a algo así como la introspección, sobre la base de, grosso modo, una propuesta metodológica que consiste en descripciones observacionales externas de comportamientos y conductas. Si bien el behaviorismo será luego duramente cuestionado, la actitud general de rechazo a la ‘introspección’ permanecerá como un legado perdurable del mismo. Por la complejidad del tópico, su tratamiento quedará para otro trabajo.

A modo de conclusión de este breve interludio histórico –pensado especialmente para los lectores no-analíticos–, podemos decir que, si bien desde la obra de Ryle en adelante la filosofía analítica comenzará a tomar en serio la filosofía de la mente, el concepto de intencionalidad será ajeno a dicha tradición hasta los años 50, cuando Chisholm irrumpe con su obra seminal sobre dicho concepto. Pese a que, como mencionamos, no fue el único que en los años 50 utilizó dicho término (también lo hicieron, a su modo, Gustav Bergmann, Elizabeth Anscombe y Peter Geach), fue la teoría de la intencionalidad de Chisholm la que sentó las bases del concepto analítico de intencionalidad y del modo de entender a ésta.

2.2. Influencias filosóficas en la teoría de la intencionalidad de Chisholm: Russell y Carnap

Dejando de lado el contexto filosófico general que marcaba el ‘espíritu de la época’ en el mundo anglosajón, ahora debemos preguntarnos, ¿cuáles fueron concretamente las influencias intelectuales directas de las que se valió Chisholm para formular su teoría de la intencionalidad?

Es de Perogrullo mencionar la influencia de Brentano. Además, debemos reconocer que Chisholm no sólo fue quien introdujo la obra de Brentano en el mundo analítico, sino que incluso fue editor de algunos de los trabajos de Brentano publicados en alemán y traductor de varios de sus textos al inglés. En tal sentido, no caben dudas de que Chisholm conocía muy bien la obra de Brentano, por lo que nuestro análisis –desarrollado en la siguiente sección– consistirá más bien en evaluar *cómo interpreta* la obra del filósofo alemán. Como presenté en otro lugar,²⁰ para entender a nivel conceptual su interpretación de la intencionalidad de Brentano y la ‘traducción’ a su peculiar ‘versión lingüística de la intencionalidad’ es menester prestar atención a la influencia de dos filósofos: Bertrand Russell y Rudolf Carnap.

Con relación al primero, en su Autobiografía Intelectual (*My Philosophical Development*), Chisholm confiesa abiertamente que sus lecturas de Brentano y de Meinong fueron motivadas en un origen por las referencias (marcadamente crítica) que Russell hacía de éstos en *The Analysis of Mind* de 1921 (cf. Chisholm 1997, pp. 8, 13). En dicha obra, Russell propone abiertamente distanciarse de toda consideración de la conciencia y del concepto de intencionalidad. Incluso cita textualmente el famoso pasaje intencional de Brentano y, sobre la base de una lectura que adopta elementos de la psicología de William James, pone en cuestión conceptos tales como los de acto, yo, persona, etc., basando su posición en el concepto de creencia (cf. Russell 1921, pp. 2-7). Como resulta evidente tras una detenida lectura, Russell sabía muy poco de Brentano y sus interpretaciones suelen ser, por lo general, desacertadas. Pero aquí no nos interesa la lectura de Russell de Brentano, sino lo que Chisholm –que, como dijimos, sí conocía bien la obra de Brentano– toma de Russell para luego interpretar a Brentano.

Más allá de las numerosas referencias a dicha obra de 1921 (así como a otros textos), lo principal aquí es señalar que Chisholm tomará de Russell dos conceptos fundamentales y un criterio metodológico. Con respecto a las cuestiones conceptuales, adoptará el concepto de creencia (*belief*) y, principalmente, el de actitud proposicional (*propositional attitude*), como ejes de su teoría de la intencionalidad. Con respecto al criterio metodológico, asumirá el modo russelliano de abordar la mente a partir del análisis lógico del lenguaje con el que se describe la mente. En efecto y como mencionamos arriba, en virtud de su método, Russell sostiene que el término (misterioso y no-científico) ‘conciencia’ debe desaparecer una vez que se comience a trabajar con las palabras, es decir, cuando se entienda que no es más que es un término trivial que surge meramente a partir de nuestros

20. Me refiero a una serie de artículos sobre el tema: uno enfocado en lo conceptual (cf. Niel 2020) y otro en lo histórico (cf. Niel 2021).

hábitos lingüísticos (cf. Russell 1921, p. 20). En otras palabras, Russell entiende que para estudiar la mente (no la conciencia) nuestra reflexión debe dirigirse al *modo en que nuestro lenguaje se refiere a ésta*. En este contexto, aparecen los dos conceptos fundamentales que mencionamos arriba. Por un lado, el concepto de creencia que reemplaza al concepto clásico de juicio y le permite a Russell encontrar el ‘objeto’ de su análisis de la mente, basándose en la idea de que la creencia es la cosa más mental que encontramos o sentimos (sic) en nuestra experiencia y que, en tanto tal, no es algo postulado (cf. Russell 1921, pp. 139-140). Por otro lado, nos encontramos con el concepto de actitud proposicional, concepto que, como veremos, será la base de la teoría de la intencionalidad de Chisholm.

En sus conocidas lecciones sobre atomismo lógico, dictadas en 1918, encontramos una referencia explícita a los ‘verbos proposicionales’, tales como creer o desear que, en virtud de su forma, se relacionan con una proposición.²¹ Ahora, como enfatiza Russell, si bien también podemos hablar de ‘actitudes proposicionales’, dicha caracterización en términos de ‘actitudes’, pese a no ser incorrecta, es más bien psicológica. Y, a pesar de reconocer que todas nuestras experiencias son psicológicas, su intención expresa es la de evitar términos psicológicos para poder enfocarse en su estructura lógico-lingüística (cf. Russell 1918, p. 227). En un intento de adaptación del concepto russelliano a la filosofía de la mente, Chisholm hablará de ‘actitud psicológica’ o ‘intencional. Sin dudas, esto expresa el afán de Chisholm por no perder de vista los aspectos psicológicos de la mente, intento que, no obstante, será fallido en tanto quedará condicionado fuertemente por criterios semánticos, como veremos en la última sección. A modo de cierre, podemos agregar que, en su Autobiografía Intelectual, Chisholm reconoce explícitamente el rol fundamental de dicha ‘mediación russelliana’ para la formación de su concepto de intencionalidad, al afirmar que “[l]as propiedades intencionales incluyen (...) aquello que Russell denomina ‘actitudes proposicionales’, por ejemplo, creer, pensar y considerar” (Chisholm 1997, p. 22).

El otro pensador que señalamos como influencia en la teoría de la intencionalidad de Chisholm es Rudolf Carnap, quien en los años 50 era una de las principales figuras filosóficas mundiales, al menos en el mundo analítico. Ahora, ya en un sentido más restringido y con relación a Chisholm, debemos comenzar con una breve aclaración. Si bien Carnap no fue uno de sus principales referentes intelectuales en sentido positivo –de hecho, Chisholm suele cuestionar muchas de sus tesis– el par conceptual intensionalidad / extensionalidad dejará una huella indeleble en su teoría de la intencionalidad, cuya influencia es más compleja de detectar que la de Russell. De más está aclarar que los conceptos de intensión / extensión –que tienen prácticamente el mismo significado que, respectivamente, los conceptos de sentido / referencia en la obra de Frege (cf. Carnap 1947, Cap. I)²²– constituyen uno de los pilares de la semántica de Carnap.

21. Russell objeta a William James y a John Dewey por entender que el objeto de las creencias es un objeto, i.e., algo nominal, y no una proposición, como Russell afirma aquí (cf. Russell 1918, pp. 219-220).

22. Carnap reconoce que los conceptos de sentido y referencia (nominatum, según la traducción al inglés de *Bedeutung* propuesta por Carnap) coinciden casi plenamente con los de intensión y extensión, salvo en el caso de los contextos oblicuos (no-extensionales) y por algunas ventajas que Carnap ve en el método de

En el marco de esta compleja relación con la filosofía de Carnap, nos dice Chisholm, en el Cap. 11 de *Perceiving*, es decir, en el contexto de un capítulo sobre el análisis de la intencionalidad (con c), que Carnap propone una definición behaviorista del concepto de intensión (con s) que no sólo es inadecuada, sino que, en tanto tal, no le permite dar cuenta de verbos tales como ‘creer’ y ‘asumir’ (cf. Chisholm 1957, pp. 175-177). Y aquí ya podemos observar, en un gesto que marcará su obra, cómo Chisholm asume tácticamente una equivalencia entre intencionalidad e intensionalidad. Dichas páginas de *Perceiving* reproducen casi literalmente un opúsculo de Chisholm (publicado en 1955) dedicado al análisis carnapiano del significado, en donde afirma que, para subsanar las limitaciones de la definición de ‘intensión’ de Carnap, la mejor opción es definir intensión en términos de creer (*believe*). Más allá de la plausibilidad teórica de dicha propuesta, el punto central que debemos señalar es la conexión (nunca explicitada) entre el concepto semántico de intensión y el concepto psicológico de creer. Ahora, ¿en qué consiste, grosso modo, la propuesta de Carnap?

De modo sucinto, podemos decir que su conocida ‘tesis de la extensionalidad’ nos dice que es posible traducir un lenguaje intensional S_1 a un lenguaje extensional S_2 , para poder obtener así un lenguaje universal para la ciencia (cf. Carnap 1937, pp. 245-246). De este modo, Carnap afirma que un enunciado intensional del tipo “Charles piensa (afirma, cree, se pregunta por) A” (que, en tanto intensional, es del orden de la significación y remite a una proposición) se puede traducir al enunciado extensional del tipo “Charles piensa ‘A’” (que, en tanto extensional, algo señalado por las comillas de ‘A’, remite a un valor de verdad). ¿Por qué es importante dicha traducción? Porque, al igual que para Frege, los enunciados extensionales son imprescindibles para las ciencias (cf. Carnap 1937, p. 248; cf. Carnap 1947, § 6).²³ En este marco, los criterios de Carnap para definir la extensionalidad son: (i) cuando el valor de verdad no difiere en caso de sustitución por expresiones extensionales equivalentes y (ii) cuando en los enunciados complejos el valor de verdad es una función de sus elementos simples. Si aparecen enunciados que no cumplan con dichos requisitos, entonces estamos en presencia de enunciados no-extensionales o bien intensionales. Como queda claro, para Carnap ‘no-extensional’ equivale a ‘intensional’ (con s) (Carnap 1937, p. 242), pero, a diferencia de lo que afirmará luego Chisholm, nada dice sobre lo ‘intencional’ (con c).

la extensión e intensión con respecto a la teoría de Frege (cf. Carnap 1947, §§ 28-30).

23. Es interesante señalar que, en referencia a dicho texto de 1937, Chisholm le cuestiona a Carnap no entender la lógica de las actitudes intencionales / intensionales (en este contexto y por el uso que hace Chisholm de estos conceptos, se pueden intercambiar indistintamente), puesto que dichas actitudes remiten a proposiciones que, a su vez, no se refieren a palabras u otras entidades lingüísticas (como sostendría Carnap), sino a auténticos objetos. Es decir, cuando decimos ‘Charles piensa en si hay unicornios’, la referencia intencional / intensional de la proposición subordinada no es a la palabra ‘unicornio’, sino al objeto unicornio, aun cuando éste no exista (cf. Chisholm 1967b, p. 20). Queda claro que el problema no es de Carnap, pues, al menos en este punto, es consecuente con sus conceptos de extensión e intensión, sino que, como veremos luego, el conflicto surge con la ambigüedad generada Chisholm y su superposición entre intencionalidad, que refiere a un objeto, e intensionalidad, que tiene que ver con la significación.

En lo que sigue, veremos de qué modo Chisholm asimila los conceptos de los pensadores analizados y a partir de una singular síntesis de éstos formula su teoría de la intencionalidad.

3. La teoría lógico-lingüística de la intencionalidad de Chisholm

Como señalamos en la introducción, hay que reconocer que Chisholm admite *ab initio* que su teoría es una ‘versión lingüística’ de la intencionalidad, es decir, se trata de una suerte de ‘traducción’ de un concepto mentalista (tomado de la psicología descriptiva de Brentano) a un concepto semántico o lógico-lingüístico. Así, asevera: “Intentaré reformular la sugerencia de Brentano [de que la intencionalidad es el signo de lo psicológico o mental], *describiendo los modos en los que necesitamos usar el lenguaje* cuando hablamos de ciertos estados y eventos psicológicos. Me referiré a este uso como el ‘uso intencional’ del lenguaje” (Chisholm 1956, p 125; el subrayado es mío). Ahora, pese a dicha ‘confesión’ y como veremos en adelante, Chisholm no mide el alcance ni las implicancias de su ‘traducción lógico-lingüística’, así como tampoco la distancia que separa a ésta con la teoría original de Brentano.

Esta posición implica que el objeto de la investigación no será la mente en tanto tal, sino el lenguaje (y las estructuras lógico-lingüísticas subyacentes) con el que nos referimos a la mente, i.e., los llamados ‘enunciados intencionales’. Por supuesto, esto implica mucho más que la mera trivialidad de afirmar que todo análisis filosófico implica un lenguaje (algo que sería aceptado por cualquier filósofo). El paso que da Chisholm consiste en sostener que es la semántica del lenguaje la que determina los modos en los que podemos referirnos e incluso acceder a lo intencional o, en general, a la mente.²⁴ En los puntos siguientes, mostraremos cómo Chisholm asimila e interpreta los conceptos de Brentano, Russell y Carnap, y evaluaremos en qué medida su ‘versión lingüística’ de la intencionalidad modifica el sentido originario del concepto de intencionalidad de Brentano.

3.1. Chisholm y su interpretación de Brentano: la tesis ontológica y la tesis psicológica

Como señalamos en la introducción, en sus textos de los años 50-60, aparece una suerte de tensión entre dos polos, de la cual Chisholm parece no ser del todo consciente y que es generada por una decisión intelectual que nunca se hace del todo explícita. Por un lado,

24. En su debate con Chisholm, Sellars sostiene que hay al menos un “acuerdo” entre ambos en lo que concierne al “mito de lo dado” (tópico central de la filosofía de Sellars) y que esto está directamente relacionado con la idea de un rechazo a la posibilidad de un “conocimiento no-inferencial (por introspección)” (Sellars/Chisholm 1957, p. 527), implicando así una negación de la posibilidad de la percepción interna (Brentano) o de la intuición (Husserl). En esta misma línea, años después dirá Dennett que los Fenomenólogos (mayúscula de Dennett) practican lo que éste denomina ‘auto-fenomenología’, es decir, en ‘primera persona’ y así proponen una suerte de gimnasia mental introspectiva con la que pretenden acceder a la mente. En contraste con esto, la ‘hetero-fenomenología’ de Dennett, naturalista y basada en un lenguaje que describe ‘desde afuera’, sería una instancia superadora de este tipo de solipsismos arcaicos (cf. Dennett 1987, pp. 153, 157-158).

la afirmación de que su teoría de la intencionalidad se basa en la concepción *psicológico-descriptiva* de la intencionalidad de Brentano. Por otro lado, el reconocimiento de que se trata una versión *lingüística* de la tesis de Brentano sobre lo intencional. El problema central consiste en que Chisholm nunca se pregunta en qué medida o hasta qué punto ambos polos son compatibles, pese a su intención expresa de mantener cierta fidelidad con la obra de un pensador al que realmente admiraba.

Su referencia más explícita a la obra de Brentano será en los años 60, en el marco de dos artículos en los que interpreta el ‘pasaje intencional’ de Brentano citado arriba. Según su lectura (cf. Chisholm 1967a, pp. 201-202, pero sobre todo 1967b, pp. 6 ss.), el mentado pasaje intencional implica dos tesis, una ontológica y una psicológica. La tesis ontológica define la naturaleza de los objetos del pensamiento y de otras actitudes psicológicas o proposicionales²⁵, al afirmar que un enunciado es intencional si el objeto referido en la subordinada proposicional no implica existencia, pues se trata de un mero objeto de pensamiento, como cuando pensamos en un unicornio. Chisholm entiende que Brentano abandonará dicha tesis ontológica de la existencia inmanente (tras el ‘giro reísta’), en una interpretación que, en algún sentido, es correcta. Por su parte, la tesis psicológica es la que sostiene que lo que caracteriza o define a un fenómeno psíquico (y así lo diferencia de un fenómeno físico) es la dirección de la mente a un objeto que puede existir fuera de la mente (cf. Chisholm 1967a, p. 202). Chisholm entiende que la tesis ontológica es problemática pero no falsa (como Brentano afirmaría tras su giro reísta), mientras que la tesis psicológica es verdadera (cf. Chisholm 1967b, p. 6).

Si bien la caracterización de la tesis ontológica parece ser correcta en su interpretación del concepto de inexistencia intencional en términos de existencia inmanente y la consecuente no implicación de la existencia actual del objeto, debemos señalar dos puntos. Primero, Brentano no habla de enunciados intencionales. Segundo, como vimos arriba, el interés de Brentano de 1874 (en donde se encuentra el pasaje intencional) se dirige a cuestiones de psicología descriptiva, i.e., a la descripción de los fenómenos psíquicos y sólo lateralmente surgen cuestiones con alguna implicancia ontológica. En otras palabras, la psicología de Brentano en 1874 se centra en los actos o fenómenos mentales que no sólo no son enunciados intencionales con la forma de una actitud proposicional, sino que además no presenta (al menos allí) ningún análisis ontológico de conceptos tales como el de objeto intencional. Por ende, más allá de los conceptos exógenos con los que interpreta a Brentano, hablar de ‘tesis ontológica’ en referencia al pasaje intencional de 1874 indica, cuando menos, una lectura anacrónica de la obra de Brentano. De hecho, en su análisis del texto de 1874, Chisholm hace luego alusión al concepto (que será tematizado por Brentano dos décadas después) de ‘ens rationis’, remitiendo a un texto de *Wahrheit und Evidenz* posterior a 1900 (cf. Brentano 1967b, pp. 8, 10). Detalles meramente hermenéuticos. Por su parte, la tesis psicológica es correcta en su caracterización de los fenómenos mentales como intencionales, es decir, en tanto dirigidos a objetos, pero, también, con la

25. Como dijimos, Chisholm suele hablar de ‘actitudes psicológicas’ o ‘intencionales’ en un intento meramente nominal de afirmar que su tesis tiene que ver con la mente, pero su auténtica significación coincide con el concepto de ‘actitud proposicional’, por lo que usaremos ambas expresiones indistintamente.

salvedad de que el texto de Brentano de 1874 poco o nada dice sobre la referencia a objetos que existan fuera de la mente, como afirma Chisholm (cf. Chisholm 1967a, p. 202).

En síntesis, si bien en líneas generales la interpretación de la tesis intencional de Brentano muestra alguna plausibilidad, se podría objetar que hay una adaptación de la teoría de Brentano a términos que son extraños a dicha teoría, así como una significativa simplificación de la posición de Brentano para ajustarla al molde hermenéutico propuesto por Chisholm. Esto se pone de manifiesto en la selección y superposición de textos de diversas fases del pensamiento brentaniano, que, dado su conocimiento de la obra de Brentano, es muy probable que fuese intencional en pos de presentar su propia teoría. En lo que sigue, evaluaremos el sentido con el que Chisholm adopta los conceptos de Russell y Carnap, para entender cómo y por qué un eximio conocedor de la obra de Brentano llega a una versión lingüística de la intencionalidad.

3.2. La intencionalidad en términos de actitudes proposicionales y la eliminación de las presentaciones

Como mencionamos arriba, Chisholm fundamenta su versión lingüística de la intencionalidad en el concepto de ‘actitud proposicional’ (o, eufemísticamente, ‘psicológica’ o ‘intencional’), constituyendo así el presupuesto básico de su teoría. Ya en su primer trabajo sobre el tema, de 1952 y en el marco de una presunta referencia al criterio de lo mental o psíquico de Brentano, sostiene que: “[l]os fenómenos psíquicos que más claramente ilustran su tesis [es decir, de Brentano] son aquello que a veces denominamos *actitudes psicológicas*, v.g., creer, anhelar, esperar, desear y otros similares” (Chisholm 1952, p. 56). Dicha afirmación se repite casi literalmente en el Cap. 11 de *Perceiving* de 1957, en su análisis de la inexistencia intencional, en donde afirma que: “[l]os fenómenos que ilustran más claramente el concepto de ‘inexistencia intencional’ son aquellos que a veces llamamos actitudes psicológicas, por ejemplo, anhelar, esperar, desear, buscar, creer y asumir” (Chisholm 1957, p. 169). Incluso en su texto dedicado a la interpretación de Brentano, pese a una ligera modificación, mantiene la misma línea al afirmar que lo que nos conduce a “la doctrina ontológica de la inexistencia intencional” es la pregunta por “lo que está implicado en tener pensamientos, creencias, deseos, metas y otras actitudes intencionales que se dirigen a objetos que no existen” (Chisholm 1967b, p. 7). Cabe reconocer, nobleza obliga, que Chisholm aclara en dicho texto que ésta no es la terminología utilizada por Brentano. Pero, ¿se trata sólo de un mero cambio de términos?

No. Y esto se torna explícito a partir de dos problemas que se originan con esta versión peculiar de la intencionalidad y que acarrearán una serie de inconvenientes teóricos (allende la teoría de Brentano).

En primer lugar, situar la intencionalidad en el nivel de las actitudes proposicionales tiene como corolario eliminar toda referencia a la presentación (*Vorstellung*) en tanto ésta sería inaccesible. Por ello, en las muy raras veces que Chisholm se refiere a la presentación, como en su artículo sobre Brentano, la descarta en sólo un párrafo (cf. Brentano 1967b, p. 4). Recordemos que para Brentano todos los fenómenos psíquicos tienen como base una presentación, en tanto es el estrato más elemental de la vida mental, por lo que

un juicio presupone una presentación, pero no a la inversa. Ahora, el análisis llevado a cabo por Chisholm –reiteramos: en un artículo que tiene como tema la obra de Brentano–, por motivos obvios, se centra en la dimensión del juicio y de las emociones (amor y odio), puesto que en ambos casos se trata de ‘actitudes’ que tomamos de cara a un determinado estado de cosas. Es decir, la interpretación de la intencionalidad de Brentano se sustenta en el concepto exógeno de ‘actitud proposicional’ o ‘psicológica’. Y, si bien en el único párrafo dedicado al presentar (*das Vorstellen*) –entendido en tanto ‘tener una idea de una cosa’– Chisholm reconoce que los juicios y las emociones presuponen dicho presentar, en un curioso giro argumentativo, afirma que aquellos dos fenómenos mentales también pueden ser llamados ‘elementales’, puesto que los juicios y las emociones no son constituidos al combinar este fenómeno originario (i.e., la presentación) con otros fenómenos elementales (sic). Ciertamente confuso. El ejemplo dado de la relación entre ‘rojo’ y ‘color’, en tanto el primero presupone al segundo sin por ello ser una combinación del segundo con algún otro elemento, no sólo no esclarece el argumento, sino que tampoco se acerca a lo que Brentano dice de la presentación y su relación con los demás fenómenos mentales (cf. Brentano 1967b, p. 4).

En segundo lugar, y en función de lo dicho, podemos inferir que, en tanto tal, la versión lingüística de la intencionalidad se sitúa obviamente en el nivel del lenguaje, que, *mutatis mutandis*, Brentano consideraría el nivel de los juicios (que, recordemos, son fenómenos psíquicos). Pero aquí aparece un problema adicional, puesto que para Brentano el juicio más elemental es el juicio tético (existencial) o posicional y no el juicio sintético o proposicional que, en última instancia, se funda y se deriva del primero. Indudablemente, el concepto de actitud proposicional (o psicológica, o intencional), como señala su misma denominación, nos coloca en la dimensión de enunciados que remiten a juicios proposicionales, o sea, en un nivel que, para Brentano, ni siquiera es el más originario. Y, si bien Chisholm admite que la doctrina brentaniana del juicio es no-proposicional y, en tanto tal, elimina toda referencia a objetos proposicionales, paso seguido afirma, en un evidente distanciamiento de Brentano, que el lenguaje sugiere que los juicios implican una relación entre un hombre y una proposición (cf. Chisholm 1967b, p. 14). Contrariamente a la intención expresa de Brentano de explicar cómo un ‘juicio doble’ (proposicional, sintético) de la forma ‘S es P’ se deriva del ‘juicio existencial’ de la forma ‘hay un SP’, forma que es más originaria que la primera (cf. Brentano 1911, p. 165), Chisholm se empeña en llevar esto al nivel proposicional, es decir, a lo que entiende como la relación entre un creyente (*believer*) y una oración proposicional (*propositional clause*) que afirma (o niega) la existencia de algo. Incluso en escritos posteriores, insistirá con la idea de llevar la concepción brentaniana del juicio tético (no-proposicional) a términos proposicionales en una posición basada en la lógica de las actitudes proposicionales (cf. Chisholm 1976, p. 92), o bien con la adaptación de la teoría no-proposicional del juicio de Brentano a una teoría de los juicios compuestos (cf. Chisholm 1982). Evidentemente, el tema excede el presente artículo. Pero aun limitándonos a lo dicho, podemos observar no sólo que el análisis de Chisholm queda circunscripto al nivel del juicio (y de las emociones), sino que además reduce a éstos a la lógica de las actitudes proposicionales. Y el firme compromiso de Chisholm con la lógica del lenguaje lo lleva a cometer ocasionales errores de falsa

atribución histórica de conceptos, como cuando afirma que Brentano habla de ‘actitudes intencionales’ (cf. Brentano 1967b, p. 15). Sólo la (difusa) superposición de conceptos, posiciones y tradiciones filosóficas permite explicar el sentido de algunos textos, como el que sostiene –y, debemos reiterar, en un artículo que se presenta como una interpretación de Brentano– que: “para caracterizar lo mental debemos usar ‘términos intencionales’ (...) La siguiente definición de ‘enunciado intencional’, que es *sugerida* por el pasaje de Brentano de arriba,²⁶ puede encontrarse en el *Nuevo Tercer Diccionario de Webster*: Un simple enunciado categórico (...) es intencional si usa una expresión sustantiva (...) sin implicar si hay o no algo a lo que se aplique verdaderamente la expresión” (Chisholm 1967b, pp. 21-22, el subrayado es mío). Sarcasmo de lado, es más que llamativa la coincidencia entre lo que parecería ‘sugerir’ el texto de Brentano y la definición del conocido Diccionario Webster.

Los problemas analizados nos permiten sacar algunas conclusiones parciales. Primero, pese al intento explícito de Chisholm de distanciarse de la consideración lógica de la mente a partir de los ‘verbos (o actitudes) proposicionales’ propuesta por Russell, la denominación de ‘actitudes psicológicas’ (o intencionales) no es más que un vano intento de mantener alguna conexión con la psicología descriptiva de Brentano, pero utilizando un concepto que tiene una estructura claramente lingüístico-proposicional que no puede eliminarse con un mero cambio de léxico. Así, la modificación de ‘proposicional’ por ‘psicológico’ (o ‘intencional’) es un guiño algo superficial para referirse a los fenómenos mentales de Brentano, pero que al pasar por el filtro del concepto russelliano define de modo esencial su significación y anula *eo ipso* cualquier implicación psicológica que pueda tener dicho concepto. Segundo, y en consonancia con el punto anterior, la caracterización de la intencionalidad en términos de actitudes psicológicas o proposicionales conlleva una necesaria reducción de la intencionalidad a ‘enunciados sobre creencias’ (*sentences about believing*) (cf. Chisholm 1956). Tercero, dicha reducción de la intencionalidad a enunciados lingüísticos con la forma de actitudes proposicionales explica por qué Chisholm entiende la distinción brentaniana entre fenómenos físicos y psíquicos en tanto “enunciados relacionales”, y de este modo afirmar que un fenómeno físico es, por ejemplo, ‘Diógenes está sentado en una bañera’, en donde la relación es entre Diógenes y un objeto físico, i.e., su bañera, mientras que, por ejemplo, un psíquico es el caso ‘peculiar’ (sic) de afirmar ‘Diógenes busca a un hombre honesto’ (Chisholm 1957, p. 169); la ‘peculiaridad’ consiste en que uno de los términos de la relación (i.e., un hombre honesto) es un ‘objeto intencional’ que puede no existir. Cuarto, como consecuencia de esta versión lingüística y proposicional de la intencionalidad, desaparece virtualmente la presentación (*Vorstellung*), fenómeno fundamental y base de la vida mental según Brentano. Quinto, en este extraño movimiento argumentativo que va y viene entre la intencionalidad y las actitudes proposicionales, no sólo se puede observar una evidente permeabilidad entre lo lingüístico (y semántico) y lo psicológico, sino que dicha permeabilidad termina siendo, en última instancia, una firme subordinación de lo psicológico al plano lógico-lingüístico.

26. La referencia es a Brentano 1911, pp. 133-134.

En síntesis, estamos en presencia de una curiosa hermenéutica de la teoría de la intencionalidad de Brentano que, al ser interpretada por conceptos russellianos, no sólo distorsiona lo dicho por aquél, sino que tendrá importantes (y problemáticas) consecuencias filosóficas. En lo que sigue analizaremos cuáles son los criterios que propone Chisholm para determinar cuándo un enunciado es intencional, es decir, cuándo podemos hablar de intencionalidad, en el marco de una reinterpretación de la teoría de Carnap (que analizaremos en el punto 4).

3.3. Tres criterios para definir la intencionalidad (¿o la intensionalidad?)

A esta altura debe quedar claro que cuando Chisholm habla de intencionalidad la referencia es a los enunciados intencionales (cf. Chisholm 1957, p. 170). Esto le permite afirmar que, en virtud de su nuevo tipo de análisis, “[l]a ‘tesis de la intencionalidad’ sería ahora: lo psicológico, a diferencia de lo no-psicológico, *puede ser descripto adecuadamente sólo usando enunciados que son intencionales*” (Chisholm 1964, p. 269; el subrayado es mío). Ahora, para identificar cuándo estamos haciendo un uso intencional del lenguaje, Chisholm propone tres criterios (cf. Chisholm 1956, p. 125 ss.). En otras palabras, estamos en presencia de enunciados intencionales (o de un lenguaje intencional) si y sólo si se cumple alguno de los tres criterios que analizaremos a continuación. En caso de no cumplirse, estamos en presencia de enunciados ‘físicos’ (i.e., no-psicológicos y, *a fortiori*, no-intencionales), siguiendo su peculiar interpretación de la diferencia brentaniana entre fenómenos psíquicos y físicos.²⁷

Sobre la base de lo dicho, nos dice Chisholm, parafraseando a Wittgenstein, que el enunciado compuesto “Puedo buscarlo a él cuando no está allí, pero no puedo colgarlo cuando no está allí” (Chisholm 1956, p. 125) contiene un enunciado intencional, indicado por la primera actividad, pues éste no implica la existencia del objeto referido por la proposición subordinada, mientras que la segunda actividad nos señala la presencia de un enunciado físico, pues implica la existencia del objeto de la subordinada proposicional. Al margen de si esto guarda alguna relación con la teoría de Brentano (algo que Chisholm asevera sin dudar al comentar dicha oración), debemos concentrarnos en los mentados criterios, que son justamente aquello que le permiten a Chisholm discernir por qué en un caso estamos en presencia de un enunciado intencional, mientras que en el otro nos indica que se trata de un enunciado físico.

El punto de partida consiste en la formalización lógica de los enunciados intencionales. Así, un enunciado es intencional si tiene la forma $M_{(p)}$, donde M nos señala el ‘prefijo intencional’, i.e., el verbo proposicional, del tipo ‘Juan cree (o anhela, o desea, etc.)’, mientras que $_{(p)}$ es la relativa que expresa el contenido intencional proposicional subordinado al prefijo intencional M . Ahora, para que $M_{(p)}$ sea un enunciado intencional debe

27. Debemos señalar que Chisholm admite la (extraña) posibilidad de un uso de enunciados intencionales en contextos no-psicológicos, anticipando en algún sentido la posición de Daniel Dennett (cf. Chisholm 1956, p. 130; Chisholm 1957, p. 173). Como no podemos detenernos en este tema, nos circunscribiremos a los enunciados intencionales en contextos psicológicos, que, de hecho, es el eje del interés de Chisholm.

cumplir con alguno de los siguientes tres criterios de la intencionalidad (cf. Chisholm 1956, pp. 125-129; Chisholm 1957, pp. 170-171; Chisholm 1967a, p. 203;).

(1) *Falla de la generalización existencial* (i.e., no-implicación existencial o independencia de la existencia). Este criterio define que un enunciado es intencional si el contenido al que refiere la proposición relativa no implica la existencia de aquello menado en dicha subordinada. Por ejemplo, ‘Juan cree que existen los duendes’ no implica la existencia de los duendes. De este modo, Chisholm ‘traduce’ la idea brentaniana de ‘inexistencia intencional’ del objeto a dicho criterio lógico-lingüístico. En síntesis, hay un enunciado intencional si la relativa proposicional puede estar relacionada con algo que no existe.

(2) *Independencia del valor de verdad*. Este criterio define que un enunciado es intencional si ni la proposición relativa ni su contradictoria nada dicen de la verdad o falsedad del enunciado. Así: ‘Juan cree que existen los duendes’ es intencional pues no depende del valor de verdad de la oración subordinada, en tanto la creencia (o el deseo, etc.) de Juan no depende de la verdad o falsedad de la relativa, i.e., de su contenido intencional. En otras palabras, que sea verdadero o falso que existan duendes, es irrelevante para el prefijo intencional pues no define su valor de verdad. En síntesis, el enunciado es intencional si el contenido intencional no implica un valor de verdad.

(3) *Falla en la sustituibilidad de términos co-referenciales* (i.e., referencia indirecta u opacidad de la referencia). Este criterio nos dice que un enunciado es intencional si el valor de verdad de la proposición relativa (contenido intencional) cambia cuando el nombre (o descripción) referido por la proposición relativa es substituido por otro nombre (o descripción) *extensionalmente equivalente*.²⁸ Este singular criterio le permite a Chisholm definir la intencionalidad de los enunciados relacionados con actividades cognitivas, tales como –y por sobre todo– el percibir (tengamos en cuenta el tópico de su libro de 1957). Considerando que, por ejemplo, percibir, no cumple con ninguno de los dos criterios de arriba, en tanto la percepción implica la existencia de un objeto y su afirmación en un enunciado conlleva necesariamente un valor de verdad, Chisholm formula este tercer criterio para sortear las limitaciones de los otros dos criterios. Veamos un ejemplo de este tercer criterio. El enunciado ‘Juan sabe que Bob Dylan nació en Minnesota’ no tiene el mismo valor de verdad (es decir, no puede substituirse *salva veritate*) que el enunciado ‘Juan sabe que Robert Zimmerman nació en Minnesota’. El punto es que Juan puede saber que el primer enunciado es verdadero, sin por ello saber que también lo es el segundo –de hecho, conjeturo que muchos de los lectores no saben que el nombre de nacimiento de Bob Dylan es Robert Zimmerman, homónimo del filósofo austríaco del siglo XIX. Así,

28. Como se puede observar, este tercer criterio se basa en el concepto de referencia indirecta de Frege, algo que Chisholm reconoce abiertamente (cf. Chisholm 1956, p. 128). Sobre esta base, Maurita Harney afirma no sólo que el tercer criterio viene de Frege y no de Brentano, sino además que es Frege y no Brentano la figura determinante en la formulación de la versión lingüística de la intencionalidad propuesta por Chisholm (cf. Harney 1984, pp. 28-29). Sin negar la plausibilidad de que Chisholm haya tomado este preciso punto de Frege –de hecho, son numerosas las referencias al filósofo alemán en sus textos–, hay profundas diferencias entre ambos pensadores que no podemos analizar aquí (cf. Sellars/Chisholm 1957, p. 533).

este criterio permitiría definir la intencionalidad de los enunciados que contengan verbos cognitivos tales como percibir o conocer. En síntesis, un enunciado es intencional si: (a) está conformado por un verbo cognitivo, (b) se refiere a un cierto objeto proposicional²⁹ y (c) cuando el nombre del objeto referido por la proposición relativa es substituido por un nombre extensionalmente equivalente, cambia el valor de verdad del enunciado.

Ahora, la pregunta candente para toda persona formada en la tradición de Brentano o en fenomenología es ¿qué relación guardan estos criterios con el concepto de intencionalidad? Como veremos a continuación, dichos criterios se relacionan más bien con la semántica de Carnap y sus criterios para definir la extensionalidad que, en virtud de una curiosa inversión de los términos, le permiten a Chisholm determinar los criterios de intencionalidad / intencionalidad en tanto criterios de no-extensionalidad.

4. Crítica a la teoría de la intencionalidad de Chisholm

4.1. La problemática (e insostenible) identificación entre intencionalidad e intensionalidad

Es más que conocido el duro cuestionamiento de John Searle a sus colegas analíticos por haber confundido el concepto mental de intencionalidad (con c) con el concepto semántico de intensionalidad (con s), conceptos que, como afirma categóricamente en su conocido libro sobre la intencionalidad, “no son ni remotamente similares” y cuya identificación generó “una de las confusiones más generalizadas en la filosofía” (Searle 1983, p. 24)³⁰; por supuesto, su referencia se circunscribe a la filosofía analítica. En cualquier caso, se trata de un problema de alto calibre, puesto que se trata no sólo de una mera confusión de conceptos (intencionalidad e intensionalidad), sino además de disciplinas con diferentes objetos y campos de aplicación (filosofía de la mente y semántica).

Más allá de Searle, podemos observar que la primera teoría de la intencionalidad de Chisholm está atravesada de principio a fin por dicha confusión de conceptos y de campos filosóficos. Ahora, si indagamos con mayor precisión histórica, nos encontramos con un olvidado trabajo de James Cornman, quien ya en 1962 muestra con precisión que dicha confusión tiene su origen en la obra de Chisholm (cf. Cornman 1962). Si bien su crítica es certera y bien argumentada, el interés de Cornman se circunscribe a la semántica, es decir, a mostrar que Chisholm confunde el concepto de intensionalidad (tomado del par extensión / intensión) con el de intencionalidad, pero deja sin explicar en qué consiste la intencionalidad (con c). En lo que sigue, analizaremos algunos de los principales argumentos de Cornman en su interpretación Chisholm, para luego evaluar en qué puntos se podría extender y ampliar dicha crítica meramente semántica.

29. Debe referirse necesariamente a un objeto en una proposición, puesto que de otro modo la relativa carecería de valor de verdad.

30. “La intencionalidad-con-c es aquella propiedad de la mente (cerebro) en virtud de la cual es posible representar[se] otras cosas; intensionalidad-con-s es la falla de ciertos enunciados, afirmaciones, etc. de satisfacer ciertas pruebas lógicas para la extensionalidad” (Searle 1983, p. 24).

Tomando como eje los tres criterios de Chisholm, Cornman presenta una argumentación con los siguientes pasos: (a) partir de la tesis de la unidad de la ciencia, (b) entender que dicha tesis contiene dos partes, la tesis del fisicalismo y la tesis de la extensionalidad, (c) mostrar que cada una de las tesis genera un problema: la tesis del fisicalismo el problema de la intencionalidad y la tesis de la extensionalidad el problema de la intencionalidad, para luego (d) evaluar si se trata de un mismo problema –como *ex hypotesi* parecería implicar la teoría de Chisholm–, a lo que Cornman responderá con un contundente ‘no’.

El fisicalismo afirma que el lenguaje de la física es adecuado y suficiente para una descripción unitaria del mundo.³¹ Pero el inconveniente que se le presenta a dicha tesis y a la tesis de la unidad de la ciencia (siendo esta última un presupuesto de la primera) es que aparece un sub-dominio de la ciencia, la psicología, que utiliza términos tales como creer, asumir, etc. (i.e., las ‘actitudes proposicionales’) que no sólo no son términos físicos y además innecesarios para la física, sino que abren una dimensión paralela y diferente a la de la física. Sin indagar en la filosofía de Brentano, Cornman toma al pie de la letra la distinción que propone Chisholm entre fenómenos físicos, que se describen utilizando un lenguaje físico, y fenómenos psicológicos, que requieren de un lenguaje intencional. Podemos ya inferir cuál es el problema central que ve Cornman: si Chisholm tiene razón con su planteamiento, se cae *ipso facto* la idea de una descripción unitaria de la ciencia basada en el lenguaje de la física, es decir, se caen tanto la tesis del fisicalismo como la tesis de la unidad de la ciencia. Como podemos observar, más allá de que podamos coincidir con algunos de sus argumentos críticos, el interés de Cornman es diferente al que motiva el presente artículo, pues no tiene que ver con la pregunta por el concepto de intencionalidad (con c).

El primer (y fundamental) paso de Cornman es remitirse a la obra de Carnap,³² concretamente a su tesis de la extensionalidad, para mostrar la plausibilidad de traducir un lenguaje no-extensional (i.e., intensional) a un lenguaje extensional, en aras de sostener la posibilidad de un lenguaje extensional que permita dar un fundamento unitario a las ciencias. Como vimos arriba (2.2), Carnap formula dos criterios para definir la extensionalidad: (i) cuando el valor de verdad no difiere en caso de sustitución por expresiones extensionales equivalentes y (ii) cuando en los enunciados complejos el valor de verdad es una función de sus elementos simples. En primer lugar, es esencial señalar la equivalencia entre extensionalidad y no-intensionalidad, pues estructura el eje del argumento de Cornman. Es segundo lugar, consiste en observar que los criterios de Carnap para definir la extensionalidad o la no-intensionalidad (con s) son las *versiones opuestas* de los criterios 2 y 3 propuestos por Chisholm para definir la intencionalidad (con c). En otras palabras, lo que a Carnap le permite definir la extensionalidad en tanto no-intensionalidad es lo que, inversamente, le permite a Chisholm definir la intencionalidad (intencionalidad) en tanto no-extensionalidad. En un curioso giro interpretativo, los criterios de Chisholm para definir la intencionalidad / intensionalidad en tanto no-extensionalidad son la contracara de los criterios de Carnap para definir la extensionalidad en tanto no-intensionalidad.

31. Cabe aquí aclarar que Cornman fue uno de los pregoneros del materialismo adverbial.

32. La referencia es al § 67 de *The Logical Syntax of Language*, de 1934 (alemán) y 1937 (inglés).

De esta manera, Chisholm puede afirmar que, cuando los enunciados son ‘no-extensionales’, *ergo* estamos en presencia de enunciados intensionales / intencionales. En síntesis, Chisholm invierte los criterios de Carnap para poder definir así la intencionalidad (con s) y, en virtud de un mero parecido nominal, define de este modo la intencionalidad (con c), puesto que, como resulta ya evidente, considera que intensionalidad e intencionalidad son conceptos equivalentes.

A partir de la más que cuestionable identificación de dos conceptos homófonos, Chisholm estructura toda su teoría de la intencionalidad que, como señalamos arriba, implica una constante permeabilidad entre lo semántico y lo psicológico, que nunca es debidamente tematizada. De hecho, al comienzo del opúsculo sobre Carnap que analizamos, Chisholm sostiene que el análisis pragmático del lenguaje de Carnap necesita como complemento un “término psicológico o semántico” (sic) (Chisholm 1955, p. 87), es decir, como si lo psicológico y lo semántico fuesen dimensiones (y disciplinas) totalmente homologables.³³ En dicho marco, Chisholm presenta su teoría de la intencionalidad que está totalmente inmersa en el presupuesto tácito y subyacente de un isomorfismo entre semántica y psicología filosófica (o filosofía de la mente), que se torna patente cuando nos damos cuenta de que los criterios definir la intencionalidad (tomada de Brentano) *se fundan en* los criterios de extensionalidad / intensionalidad (tomados de Carnap).³⁴ Ahora, ¿qué dice concretamente Cornman con respecto a cada uno de los criterios propuestos por Chisholm (cf. Cornman 1962, pp. 47-49) y que podemos agregar nosotros sobre su relación con los criterios de Carnap?

Según el segundo criterio de Carnap, un enunciado es extensional si el valor de verdad de un enunciado complejo depende del valor de verdad de los enunciados simples que lo componen. Invirtiendo este esquema, el criterio 2 de Chisholm nos dice que un enunciado es intensional / intencional si el valor de verdad del enunciado principal (complejo) no depende del valor de verdad del enunciado que la compone. En otras palabras, al fallar el criterio de extensionalidad, es decir, al no poder traducirse a un enunciado extensional, se trata entonces de un enunciad intensional / intencional.

33. En el debate con Sellars, nos dice Chisholm que “necesitamos un término semántico (o intencional)”, en una nueva variante de esta férrea identificación entre lo semántico y lo psicológico y, *a fortiori*, lo intencional (Sellars/Chisholm 1957, p. 524). Si se analiza detenidamente, es ostensible que el extenso debate epistolar entre Sellars y Chisholm se mueva en la dimensión de un análisis puramente semántico de la intencionalidad y de lo mental. En un sentido más concreto, Sellars sostiene que –a lo que Chisholm luego asiente en la carta siguiente– los conceptos semánticos son las categorías básicas para entender la intencionalidad y que se trata, en efecto, de un modelo semántico (cf. Sellars/Chisholm 1957, pp. 536-537).

34. No está de más aclarar que dicha superposición de disciplinas y conceptos no está presente en la obra de Carnap, para quien, como señala correctamente Chisholm, los conceptos psicológicos deben describirse desde una perspectiva puramente behaviorista. Ahora, es cierto que, en un pasaje algo aislado de *Meaning and Necessity* de 1947, Carnap evalúa la posibilidad de una ‘traducción’ de enunciados no-extensionales con términos psicológicos como ‘creer’ o ‘conocer’ a enunciados extensionales, pero reconoce que, en su época, no es aún del todo claro cómo llevar a cabo dicha tarea (cf. Carnap 1947, pp. 141-142). El tema excede el presente artículo.

Por su parte, el primer criterio de Carnap nos dice que un enunciado es extensional si el valor de verdad no cambia al sustituir un término extensionalmente equivalente por otro. Una vez más, invirtiendo los términos, el criterio 3 de Chisholm nos dice que un enunciado (cognitivo) es intensional / intencional si al substituir un término extensionalmente equivalente en la subordinada cambia el valor de verdad de la principal. Es decir, al fallar el requisito de la extensionalidad y así el criterio de sustituibilidad (*salva veritate*), condición de los enunciados extensionales, estamos nuevamente ante la presencia de un enunciado intensional / intencional.

Ahora, ¿qué sucede con el criterio 1? En la medida en que dicho criterio sólo afirma que el objeto al que refiere la subordinada puede o no existir, dicha ‘inexistencia intencional’ –tal y como la entiende Cornman– no condiciona los valores de verdad, pues los términos implicados son sustituibles extensionalmente. Sobre esta base, Cornman saca dos conclusiones: (1) en función del primer criterio de extensionalidad de Carnap, los enunciados sujetos al criterio 1 (de Chisholm) son extensionales, es decir, no-intensionales (con s), ahora (2), en función del criterio de la ‘inexistencia intencional’ propuesto ex definitione por Chisholm (y presuntamente tomado de Brentano, algo que, no obstante, Cornman nunca se pregunta), los enunciados definidos por el criterio 1 son intencionales (con c) (cf. Cornman 1962, p. 50, 52).

En función de lo dicho, el criterio 1 sería así el único que nos permitiría definir cuándo hay enunciados intencionales (con c). Pero, claro está, los verbos cognitivos implican un objeto y esto contradice el único criterio que define la intencionalidad (con c), es decir, el criterio 1. Cornman entiende que, dada la importancia que Chisholm otorga a dichos verbos cognitivos, éste intenta un último artilugio (algo solapadamente) para salvaguardar la intencionalidad de los enunciados cognitivos, a partir del siguiente argumento. En función de las siguiente dos premisas: (a) todas las actividades mentales son intencionales (con c) y (b) en tanto los verbos cognitivos conocer, percibir, etc. son actividades mentales, (c) se infiere que los verbos cognitivos son intencionales. Pero Cornman señala correctamente que la primera premisa (i.e., que todas las actividades mentales son intencionales) no sólo es un mero supuesto no probado, sino que, a su juicio, incluso es falsa. El argumento refutatorio de Cornman, que se sustenta en sus análisis previos, parte de las siguientes dos premisas: (i) sobre la base de la caracterización de lo intencional (con c) en tanto ‘inexistencia intencional’ –según la expresa definición de Chisholm–, los enunciados intencionales (con c) son sólo aquellos cuyos objetos pueden no existir (criterio 1) y (ii) en tanto los verbos cognitivos implican necesariamente la existencia del objeto, (iii) se infiere que los verbos cognitivos no son intencionales (con c), probando *eo ipso* que no todas las actividades mentales son intencionales y refutando así la primera premisa de Chisholm, i.e., la premisa (a) (cf. Cornman 1962, p. 51).

¿Qué podemos concluir a partir de estos análisis críticos? Por un lado, que los criterios 2 y 3 definen enunciados intensionales (con s), pues son no-extensionales, pero no son intencionales (con c). Por otro lado, sólo el criterio 1 define la intencionalidad (con c), irónicamente, en coincidencia con un criterio que define enunciados extensionales. De este modo, Cornman saca una conclusión fundamental que derriba la estructura de la teoría de Chisholm: “La clase de los enunciados intencionales y la clase de los enunciados

intensionales no son coextensivos” (Cornman 1962, p. 49; el subrayado es mío). Cornman nos muestra así que hay una diferencia fundamental entre los enunciados intencionales y los enunciados intensionales, puesto que hay enunciados intensionales que pueden no ser intencionales y viceversa (cf. Cornman 1962, pp. 49-50). ¿Por qué es esencial esta conclusión? Porque pone al desnudo –Searle *avant la lettre*– que intensionalidad e intencionalidad no son lo mismo.

4.2. Algunas preguntas y respuestas más allá de las consideraciones puramente semánticas

Como anticipamos arriba, el interés de Cornman es meramente semántico y consiste sólo en señalar la diferencia entre los criterios puramente semánticos para determinar qué enunciados son intensionales (o no-extensionales) y cuáles son enunciados intencionales, y así mostrar en qué punto y por qué se equivoca Chisholm. Por ello, sobre la base de las conclusiones de Cornman, señalaremos algunos puntos en los que podemos (y debemos) ir más allá de su certera crítica, en función del interés del presente artículo.

Si bien Cornman muestra con claridad la tácita y errónea superposición entre intensionalidad e intencionalidad, éste no enfatiza lo suficiente el carácter meramente homofónico que hay entre ambos términos, que es, justamente, el que le permite a Chisholm intercambiar indistintamente un concepto por otro. Además, nada nos dice sobre los posibles motivos que pudieron llevar a Chisholm a identificar intencionalidad e intensionalidad, basándose exclusivamente en la falla de criterios semánticos que definen la no-extensionalidad. En otras palabras, nunca terminamos de saber por qué, para explicar el concepto mental de intencionalidad, necesitamos apelar a criterios semánticos de extensionalidad / intensionalidad, para luego, en un extraño camino de regreso, llegar a conclusiones puramente semánticas que presuntamente deberían dar una definición sobre conceptos mentales.

Ahora, en este marco, la pregunta que ni Chisholm ni Cornman se hacen (probablemente por considerarla irrelevante) es, si tenemos en cuenta que uno es un concepto sobre la mente que se nos muestra en la psicología descriptiva (o, eventualmente, en la fenomenología) y el otro es un concepto sobre enunciados semánticos que se definen a partir de la lógica de la extensionalidad / intensionalidad, ¿por qué intencionalidad e intensionalidad deberían ser (o no) lo mismo? O, yendo más lejos aún, ¿cómo sobre la base de una mera homofonía se puede llegar a edificar toda una teoría de la intencionalidad? Y a estas preguntas conceptuales podríamos transformarlas en una pregunta de índole más histórica: ¿cómo un filósofo que conocía muy bien el concepto de intencionalidad de Brentano y, sin dudas, también el concepto de intensionalidad (o no-extensionalidad) de Carnap, termina identificando ambos conceptos, sin siquiera molestarse en dar algún tipo de justificación del porqué de dicha identificación?

Una posible respuesta puede encontrarse en un desliz de Chisholm en su lectura crítica de Carnap. En un pasaje que ya citamos arriba, Chisholm sostiene *en passant* que psicología y semántica son lo mismo (cf. Chisholm 1955, p. 87) y aquí no sólo yace uno de los presupuestos básicos de su teoría, sino que, además, pone de manifiesto su compromiso (evidentemente implícito) con el *linguistic turn*. Y, en un punto que nos permite corroborar

más aún nuestra lectura, Chisholm propone en dicho opúsculo sobre Carnap: “introducir el término ‘creer’ y modificar [así] la definición de Carnap de ‘intensión’” (Chisholm 1955, p. 89). Como se puede observar, Chisholm utiliza aquí el término ‘intensión’ (con s en el original), algo muy inusual, pues sus textos hablan siempre de intencionalidad (con c). De esta manera, Chisholm se apropia del concepto de intención de Carnap y lo modifica al definirlo a partir del concepto de ‘creencia’, que a su vez es tomado y derivado de su interpretación del concepto de actitud proposicional de Russell. En otras palabras, la jugada de Chisholm consiste en paralelizar intencionalidad e intensionalidad sobre la base de una reformulación a partir del concepto de actitudes proposicionales. Dicho movimiento le permite llevar el concepto de intencionalidad del ‘oscuro’ plano psicológico-descriptivo o fenomenológico a un marco de comprensión puramente semántico, en el cual poder trabajar con el concepto de intencionalidad en términos de ‘enunciados intencionales’, es decir, desde una perspectiva estrictamente lógico-lingüística, que lo libere del ‘oscurantismo de la introspección’. De este modo, el concepto de intencionalidad de Brentano (o Husserl) desaparece por completo en el marco de la semántica y la filosofía del lenguaje.³⁵

Reflexiones finales

¿Cómo llegamos del análisis de los fenómenos mentales en términos de inexistencia intencional en la psicología descriptiva de Brentano (y su continuación y profundización en la fenomenología de Husserl) a la postulación de criterios estrictamente semánticos para definir la intencionalidad en términos de intensionalidad y de actitudes proposicionales?

En base a lo desarrollado, podemos concluir lo siguiente e intentar así contestar dicha pregunta.

Primero, la versión de Chisholm de la intencionalidad –la de los años 50 y 60, que fue la que introdujo el concepto de intencionalidad en la filosofía analítica– consiste no sólo en un intento de traducir, sino incluso de reducir (y así eliminar) el concepto mental de intencionalidad de Brentano a la semántica y a estructuras puramente lógico-lingüísticas. Dicha jugada consiste en tres movimientos: (a) tomar la teoría de la intencionalidad de Brentano como punto de partida e interpretarla de modo *sui generis*, (b) interpretar la intencionalidad a partir del concepto de Russell de ‘actitud proposicional’ (que funda y sostiene la teoría de Chisholm) y definirla en términos de ‘actitud psicológica’ o ‘intencional’, en un movimiento sutil que aparenta ser significativo, pero que, en el fondo, es irrelevante pues no modifica en nada el concepto de actitud proposicional, y, sobre esta base, (c) apropiarse de los criterios de extensionalidad, i.e., de no-intensionalidad de Carnap, para, en una peculiar inversión de los términos, poder utilizarlos para definir la intensionalidad en tanto no-extensionalidad, y, en virtud de un enroque meramente homófono entre intensionalidad e intencionalidad –que constituye un presupuesto que nunca se explicita o aclara–, llegar así a una teoría lógico-lingüística de la intencionalidad.

35. Dicha visión se plasma en textos como el siguiente: “Debo describir un procedimiento en virtud del cual podamos investigar la ‘lógica’ o la ‘gramática’ de algunos de nuestros conceptos intencionales y que nos permita contrastarlos con otros conceptos modales” (Chisholm 1966, p. 11; cf. Harney 1984, pp. 25 ss.).

Segundo, en el marco de esta versión, la intencionalidad ya no es entendida como aquello que caracteriza nuestra vida mental o psíquica –como sostenía Brentano o, en un sentido más moderado, Husserl–, sino que es algo que se define y determina exclusivamente a partir del lenguaje, siguiendo estrictos criterios metodológicos (semánticos) que nos permiten detectar cuándo estamos en presencia de ‘enunciados intencionales’. Es decir, ‘intencionalidad’ se limita ahora a ser (un) ‘enunciado intencional’.

Tercero, se sigue de lo anterior, que el fenómeno mental que mejor expresa la intencionalidad y que constituye su nivel más fundamental según Brentano, i.e., las presentaciones (*Vorstellungen*), desaparece por completo al quedar fagocitado por esta versión lingüística de la intencionalidad que, en virtud de sus propios condicionamientos metodológicos, queda circunscripta a la dimensión del juicio, entendido no ya en tanto fenómeno mental y ni siquiera en el sentido de juicios téticos o existenciales (como lo entendía Brentano), sino en tanto enunciados lingüísticos proposicionales. Dichos condicionamientos metodológicos hacen imposible cualquier tipo de acceso a las presentaciones, pues éstas, por su misma naturaleza, no se pueden traducir a enunciados intencionales con la forma de actitudes proposicionales.

Cuarto, se puede inferir de lo dicho –en un punto en el que, *mutatis mutandis*, coinciden versiones semánticas como la de Chisholm con el behaviorismo psicológico– que, al menos tácitamente, se suspende o incluso elimina toda posibilidad de un acceso descriptivo o intuitivo y no-proposicional a los fenómenos mentales: y esto afecta tanto al concepto de percepción interna de Brentano como al concepto de intuición de Husserl. De hecho, como queda claro a esta altura, la jugada de Chisholm consiste justamente en afirmar que lo mental sólo puede ser abordado desde lo lingüístico, distanciándose *eo ipso* de los arcaicos problemas generados por toda presunta ‘introspección’.

Quinto, como resulta ya evidente, en un sentido más histórico, la versión lógico-lingüística o semántica de la intencionalidad tiene poco o nada que ver con la versión de la intencionalidad de Brentano (ni, *a fortiori*, con la de Husserl) que se funda en la descripción de la experiencia a partir de la percepción interna de los fenómenos psíquicos o mentales. Cualquier parentesco o relación que se pretenda sugerir entre ambas teorías –como proponen algunos– sólo se puede entender en un sentido muy laxo y que ignore las numerosas mediaciones introducidas por los todos los estratos impuestos por la interpretación lógico-lingüística de la mente. Pretender mostrar algún tipo de conexión entre ambas perspectivas demandaría una explícita y precisa justificación.

A modo de reflexión y síntesis final, podemos señalar que la apuesta de Chisholm consiste en plantear una teoría de la intencionalidad puramente semántica o lógico-lingüística que debe cumplir con dos funciones básicas, aunque no explícitas: primero, asimilar los imperativos y condicionamientos impuestos por el *linguistic turn* –que dominaban la filosofía analítica de aquellos años– para aplicarlos *urbi et orbi*; en nuestro caso concreto, al análisis de la mente y así, por implicancia directa, a la intencionalidad; segundo, superar y espantar los ‘viejos fantasmas’ generados por versiones de la intencionalidad fundadas en un obsoleto acceso ‘introspectivo’ a la mente (percepción interna, intuición, etc.). De esta manera, lo lógico-lingüístico y la semántica se interponen a modo de riguroso filtro a la intención explícita de Chisholm

(reiteramos, probablemente sincera) de proponer una versión de la lingüística intencionalidad que mantuviese algún tipo de continuidad con la teoría de Brentano, que va gradualmente desapareciendo en el horizonte de una versión cada vez más semántica de la intencionalidad. Así llegamos a una concepción que transforma la intencionalidad en una actitud proposicional e identifica intencionalidad e intensionalidad. Aquí yace el acta de nacimiento de la concepción analítica de la intencionalidad, en una versión que dejará una marca indeleble y será el ineludible punto de partida y de referencia (aun para quienes la cuestionan) de toda teoría de la intencionalidad en la filosofía analítica hasta nuestros días.

Bibliografía

- Boccaccini, Federico (ed.) (2014). *D'un point de vue intentionnel: Aspects et enjeux de la philosophie de Roderick Chisholm*, *Bulletin d'analyse phénoménologique* X 6, Actes 6.
- Brentano, Franz (1874). *Psychologie vom empirischen Standpunkt. Erster Band*. Hamburg: Meiner, 1955.
- Brentano, Franz (1911). *Psychologie vom empirischen Standpunkt. Zweiter Band: Von der Klassifikation der psychischen Phänomene*. Leipzig: Meiner, 1925.
- Brentano, Franz (1929). *Über die Zukunft der Philosophie*. Leipzig: Meiner.
- Brentano, Franz (1930). *Wahrheit und Evidenz. Erkenntnistheoretische Abhandlungen und Briefe*. Leipzig: Meiner.
- Brentano, Franz (1966). *Die Abkehr vom Nichtrealen*. Bern / München: Francke Verlag.
- Byrne, Alex (2006). "Intentionality", en S. Sarkar / J. Pfeifer (eds.). *The Philosophy of Science. An Encyclopedia*. New York / London: Routledge, pp. 405-410.
- Carnap, Rudolf (1934/1937). *The Logical Syntax of Language*. Paterson: Littlefield, Adams & Co., 1959.
- Carnap, Rudolf (1947). *Meaning and Necessity. A Study in Semantics and Modal Logic*. Chicago: University of Chicago Press, 1956.
- Chisholm, Roderick (1952). "Intentionality and the Theory of Signs", en *Philosophical Studies* 3, pp. 56-63.
- Chisholm, Roderick (1955). "A Note on Carnap's Meaning Analysis", en *Philosophical Studies* 6, pp. 87-89.
- Chisholm, Roderick (1956). "Sentences About Believing", en *Meeting of the Aristotelian Society*, London, pp. 125-148.
- Chisholm, Roderick (1957). *Perceiving. A Philosophical Study*. Ithaca / London: Cornell University Press.
- Chisholm, Roderick (1964). "Believing and Intentionality: A Reply to Mr. Luce and Mr. Sleigh", en *Philosophy and Phenomenological Research*, Vol. 25, No. 2, pp. 266-269.

- Chisholm, Roderick (1966). "On Some Psychological Concepts and the 'Logic' of Intentionality", en H.N. Castañeda (ed.). *Intentionality, Minds and Perception*. Detroit: Wayne State University Press, pp. 11-35.
- Chisholm, Roderick (1967a). "Intentionality", en P. Edwards (ed.). *The Encyclopedia of Philosophy*, Vol. 4, New York / London: Collier – MacMillan, pp. 201-204.
- Chisholm, Roderick (1967b). "Brentano on Descriptive Psychology and the Intentional", en E.N. Lee / M. Mandelbaum (eds.). *Phenomenology and Existentialism*. Baltimore: John Hopkins Press, pp. 1-23.
- Chisholm, Roderick (1976). "Brentano's Nonpropositional Theory of Judgment", en *Midwest Studies in Philosophy*, Vol. 1, Issue 1, pp. 91-95.
- Chisholm, Roderick (1982). "Brentano's Theory of Judgment", en *Brentano and Meinong Studies*, Amsterdam: Rodopi, pp. 17-36.
- Chisholm, Roderick (1997). "My Philosophical Development", en Hahn, L. E. 1997 (ed.). *The Philosophy of Roderick M. Chisholm*. Chicago / La Salle: Open Court, pp. 3-41.
- Cornman, James (1962). "Intentionality and Intensionality", en *Philosophical Quarterly*, Vol. 12, No. 46, pp. 44-52.
- Crane, Tim (2013). *The Objects of Thought*. New York: Oxford University Press.
- Crane, Tim (2014). *Aspects of Psychologism*. Cambridge / London: Harvard University Press.
- Dennett, Daniel (1987). *The Intentional Stance*. Cambridge / London: MIT Press.
- Dewalque, Arnaud (2014). "Intentionnalité *in obliquo*", en Boccaccini, F. (ed.). *D'un point de vue intentionnel: Aspects et enjeux de la philosophie de Roderick Chisholm*. *Bulletin d'analyse phénoménologique* X 6, Actes 6, pp. 40-84.
- Dretske, Fred (1980). "The Intentionality of Cognitive States", reimpresso en Rosenthal, D. (ed.). *The Nature of Mind*. New York / Oxford: Oxford University Press, 1991, pp. 354-362.
- Flanagan, Owen (2005). "Mind, History of the Philosophy of", en Honderich, T. (ed.). *The Oxford Companion to Philosophy*. Oxford: Oxford University Press, pp. 603-607.
- Fodor, Jerry (1987). *Psychosemantics. The Problems of Meaning in the Philosophy of Mind*. Cambridge / London: MIT Press.
- Harney, Maurita (1984). *Intentionality, Sense and the Mind*. Dordrecht: Springer.
- Heidelberger, Herbert (1966). "On Characterizing the Psychological", en *Philosophy and Phenomenological Research*, Vol. 26, No. 4, pp. 529-536.
- Kenny, Anthony (1963). *Action, Emotion and Will*. London / Henley: Routledge & Kegan Paul.
- Kim, Jaegwon (1997). "Chisholm on Intentionality: *De Se, De Re, and De Dicto*", en Hahn, L. E. (ed.). *The Philosophy of Roderick M. Chisholm*. Chicago / La Salle: Open Court, pp. 361-383.

- Kim, Jaegwon (2003). "Chisholm's Legacy on Intentionality", en *Metaphilosophy*, Vol. 34, No. 5, pp. 649-662.
- Lycan, Gregory (1969). "On 'Intentionality' and the Psychological", en *American Philosophical Quarterly*, Vol. 6, No. 4, pp. 305-311.
- Lyons, William (1986). *The Disappearance of Introspection*. Cambridge / London: MIT Press.
- Lyons, William (1995). *Approaches to Intentionality*. Oxford: Clarendon Press.
- McAlister, Linda (1976). "Chisholm and Brentano on Intentionality", en McAlister, L. (ed.). *The Philosophy of Brentano*. London: Duckworth, pp. 151-159.
- Niel, Luis (2019). *Representación, objeto e intencionalidad en el Siglo XIX. De Bolzano a Meinong*. Buenos Aires: Prometeo.
- Niel, Luis (2019/2020). "Brentano and Intentionality, or How to Break Immanence from Within", en *Brentano Studien*, Bd. 17, J.H. Röhl Verlag, Würzburg, pp. 69-98.
- Niel, Luis (2020). "Intentionality and the Logico-Linguistic Commitment: A Critique of Roderick Chisholm", en *Dossier on the Origins of Contemporary Philosophy, Revista de Filosofia Moderna e Contemporânea*, Brasília, v.8, n.2, pp. 119-138.
- Niel, Luis (2021). "From Mental Phenomena to Propositional Attitudes: The Transformation of the Concept of Intentionality from Brentano to Chisholm", en *Revista de Filosofia Moderna e Contemporânea*, Brasília, v.9, n.2, pp. 127-147.
- Quine, Willard O. (1960). *Word and Object*. Cambridge: The MIT Press.
- Romano, Claude (2010). *Au cœur de la raison, la phénoménologie*. Paris: Gallimard.
- Ryle, Gilbert (1949). *The Concept of Mind*. Chicago: The University of Chicago Press, 2002.
- Russell, Bertrand (1918). "The Philosophy of Logical Atomism", reimpresso en *Logic and Knowledge*. Nottingham: Spokesman, 2007.
- Russell, Bertrand (1921). *The Analysis of Mind*. Mineola: Dover Publications Inc., 2005.
- Sanford, David H. (1997). "Chisholm on Brentano's Thesis", en Hahn, L. E. (ed.). *The Philosophy of Roderick M. Chisholm*. Chicago / La Salle: Open Court, pp. 201-214.
- Searle, John (1983). *Intentionality. An Essay in the Philosophy of Mind*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sellars, Wilfrid / Chisholm, Roderick (1957). "Intentionality and the Mental: A Correspondence", en *Minnesota Studies in the Philosophy of Science* 2, pp. 507-539.
- Titchener, Edward (1921). "Brentano and Wundt: Empirical and Experimental Psychology", en *The American Journal of Psychology*, Vol. 32, No. 1, pp. 108-120.
- Urmson, James O. (1968). "Criteria of Intensionality", en *Proceedings of the Aristotelian Society*, Supplementary Vol. 42, pp. 107-122.